Comedias



EN MUÑOZ-GAR *Caricatura de TOVAR*

JOSE DE LUCIO y F. GOMEZ HIDALGO

12

La Malcasada

50 CENTIMOS

NUM. 108 10 DE MARZO DE 1928 AÑO III

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

Rodríguez San Pedro, 26 MADRID Apartado 8.036

Una obra de Palacio Valdés

Mi Lectura Favorita inaugura su serie de publicaciones con un tomo debido a la pluma maestra del patriarca de las letras españolas D. Armando Palacio Valdés, y que lleva por título **El gobierno de las mujeres.** El prestigio literario de este insigne novelista nos releva de todo elogio. Compre usted **El gobierno de las mujeres** en elegante tomo de nutrida lectura al precio de **una peseta.**

Hollywood o La Ciudad del Cine

La novela más sensacional que se ha escrito acerca del *film*. Los tipos y figuras más sorprendentes de la pantalla desfilan por esta novela de costumbres cinematográficas. Es la obra del amor, del misterio y de la tragedia entre las grandes heroinas del arte mudo. Hollywood, la maravillosa ciudad, surge a los ojos del lector con la poderosa fuerza sugestiva de una evocación. Valentín Mandelstamm es el autor de esta magnífica y curiosísima novela, una de las grandes creaciones más recientes.

Lea usted el **Hollywood**, 2.º tomo de **Mi Lectura Favorita** que le ofrece a una peseta la EDITORIAL SIGLO XX.

Rodríguez S. Pedro, 26.—Apartado 8.036.—MADRID

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72.—Madrid.

J. DE LUCIO y F. GOMEZ HIDALGO

LA MALCASADA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Chueca la noche del 27 de enero de 1928.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JOSEFINA	Concha Torres.
DOÑA VISITA	Joaquina Maroto.
CARMEN	Carmen Cachet.
ISABEL	Encarnación Domínguez.
CONSOLACION	Concha Bermejo.
ARACELI	Coral Díaz.
RITA	Carmen Alcoriza.
EL CARAQUEÑO	Manuel F. de la Somera.
DON FRANCISCO	Andrés Novo.
ALBERTO	Pedro Oltra.
ANTONIO	Ildefonso Cuadrado.
EL PADRE MIGUEL	Adolfo Salvador.
EL DESPLANTES	Antonio Diéguez.
MANOLO	José Guerra.
PEDRITO	Víctor Miguel Merás.
DON LINO	Manuel Pacheco.

El primero y el tercer acto, en Sevilla, en casa del ex ministro don Francisco Fernández de la Romera. El segundo, en Madrid, en casa del matador de toros americano Ezequiel Maracaibo, «El Caraqueño». Acotaciones del lado del actor.

ACTO PRIMERO

La escena representa el patio o zaguán de una casa en Sevilla. Puerta de entrada en el lateral derecha. Al fondo, en el centro, una gran verja, por la que se ve la calle, y en el lado izquierdo entrada a otro patio, que se pierde por el lateral izquierdo. En este lado, en primer término, puerta que conduce a las habitaciones del piso superior. Al fondo izquierda, un perchero, un velador en el primer término izquierda, sillas, tiestos con flores, etc. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ARACELI y ANTONIO.

Al levantarse el telón, Araceli, muchacha joven y pizpireta, que es la sirviente de la casa, termina de limpiar el polvo de la habitación. Antonio, hombre de unos sesenta años, también criado de la casa, viste con guayabera y se peina a lo flamenco antiguo.

ARACE. Oiga, osté, señó Antonio, ¿y será tan sabio el señorito Alberto?...

ANTON. Se quean cortos.

ARACE. ¡Josú!... ¡Y tan joven!...

ANTON. Veintisiete años. A los deisiocho terminó la carrera, y desde entonses, hasta hase quinse días que llegó a Madrid, sa pasao to ese montón de años recorriendo er mundo y estudiando y aprendiendo, hasta llegá a la cúspide del remate de la sabiduría humana.

ARACE. ¡Josú!...

ANTON. Ha abollao a tos los médicos extranjeros. Con er bisturí en la mano, disen que es un artista. A un tío, me paese que ingrés, sí, de Viena...

ARACE. ¿Qué?

ANTON. Pues que era un gachó que no podía ni hablá y le sacó los purmones, le hiso uno artifisial, con la caja de un acordeón y un fuelle, y está hoy el hombre, que pega unos berríos..., que le han empleao en un estanque pá llamá a las barcas.

ARACE. ¿No ha exagerao usté na?

ANTON. Me he quedao corto.

ARACE. Osté siempre se quea corto.

ANTON. Sí, pero no tanto como tu novio, que pa sentarse en un tapón tié que empinarse.

ARACE. ¿Vamos a dejá esa copla, señó Antonio?... Que ca

uno es como Dios le ha hecho, y no hay por qué meterse en las cosas de naide.

ANTON. Bueno, mujer; perdona.

ARACE. Oiga, osté... ¿Y es primo de la señorita Josefina?...

ANTON. *(Con cómica gravedad.)* No hay por qué meterse en las cosas de naide.

ARACE. No se ponga osté en antipático, señó Antonio, que una cosa es hablá de los demás, pa burlarse de ellos, y otra, mu diferente, el tener curiosidad por saber las cosas de sus señoritos, que, al fin y a la postre, una sirve en la casa y la tié ley...

ANTON. Para la jaca, que no es pa tanto. El señorito Alberto es hijo de otro hermano de don Francisco y de doña Visita, y del padre de la señorita Josefina.

ARACE. Y al haber vivido en Madrid, con doña Visita, es que también murieron sus padres.

ANTON. Como los de la señorita Josefina. ¡Cosas de la vía!... Los dos quearon huérfanos y tuvieron que ser recogidos por doña Visita y don Francisco, que eran y lo son, los dos solteros.

ARACE. ¡Josú..., qué cosas!... Cuánto más valía que les hubieran vivido sus padres y que los difuntos fueran doña Visita y su hermano...

ANTON. Pero, ¿qué dises, muchacha?...

ARACE. ¡Dios me perdone!... Pero, claro, yo lo dije..., como los dos son sorteros, y los otros eran sus padres... Pero es verdad que lo mejor es que no se hubiá muerto ninguno.

ANTON. Como padres han sío pa los dos.

ARACE. Con la señorita Josefina, bien chalaos están.

ANTON. Y con él igual.

ARACE. Oiga, osté... ¿Y la dejarán casarse con el torero?...

ANTON. Pero, ¿qué dises?... ¿De qué torero hablas..., y de onde jinojos has sacao esa embustería?...

ARACE. No se ponga osté así, señó Antonio, que yo no hablo por hablá ni soy capá de levantá un farso testimonio a naide. Osté sabe, como yo, que aquí se resibe ar «Caraqueño»...

ANTON. ¡Er «Caraqueño»! ¿Esa babosa americana?... ¡Ese, ni es torero, ni lo ha sío, ni lo será en su pajolera vía, asín le saquen la trensa con er peine de Lagartijo!...

ARACE. Pues fama de güen torero tiene.

ANTON. Pa cuatro irnorantes como tú.

ARACE. Y torea más que ninguno.

ANTON. Porque sa estragao er gusto.

ARACE. Y, además, aquí se le quiere porque ha sarvao la vía a la señorita.

ANTON. Tenía yo que haberlo visto.

ARACE. Eso no lo pué usté negá. Lo sabe to er mundo, y a mí me lo ha contao la misma señorita. Iban en el coche doña

Visita y ella, se desbocaron los caballos, y cuando ya iban a tirarse por un presipisio, er «Caraqueño» que llega ar galope y detiene los caballos...

ANTON. Y me alegro de verte güeno.

ARACE. ¿Es que va osté a negarlo?

ANTON. No, pero no lo creo.

ARACE. Eso es envidia, señó Antonio. Osté le niega hasta er agua a ese hombre, y que quiera osté ni que no, er «Caraqueño» es un hombre de haló y un güenísimo torero.

ANTON. ¿Ese?... Mira, no voy a discutí lo del való, porque allá ca uno, pero lo de torero... Prinsipiando porque ¿cómo va a ser torero un gachó que se llama... Sequiel?... ¡Ca!..., si no hay quien diga E... se... quiel. ¿Te paese a ti?

ARACE. ¿Y eso qué tié que ver?

ANTON. ¿Que qué tié que ver? Lo dise la copla:

«Rafael, Antonio y Pepe,
son tres nombres de torero...»

ARACE. ¡Pero existe un Juan Bermonte...!

ANTON. ¡Que es pa chuparse los deos, sí, señó!... Conforme, pero es la exepsión. Además, que ca país da sus cosas, y pa ser torero hay que ser español, pa ser güen torero, andalú, y pa ser colosalísimo, sevillano, como mi mataor don Antonio Fuentes.

ARACE. ¿Osté atoreó con Fuentes?...

ANTON. Hasta qué no púe más de viejo, y don Francisco, que es el más grande de los afisionaos y el mejor de los hombres, me trajo a su casa. ¡Aquél sí que era un torero y no ese sartamontes fantasioso!... Na más verle irse pa er toro, valía una onsa. *(Remedándolo.)* ¡Ursa!...

ESCENA II

DICHOS y el DON MIGUEL. Al final, DON FRANCISCO.

MIGUEL. *(Entra por la derecha, viste sotana y gorro.)* ¿Se puede?...

ARACE. Pase osté, don Migué.

MIGUEL. ¿Qué..., recordando los tiempos pasados?

ANTON. Sí, señó; chocheras de viejo. Disiéndole a esta irnorante, quien era mi mataor. ¡Na más que eso!...

MIGUEL. ¡Buen torero era!...

ANTON. *(A Araceli.)* Y que el señó cura chanela un rato de esto...

ARACE. ¿Ha sío osté torero, padre?...

MIGUEL. No, hija.

ANTON. El no, pero tenía un hermano que si no hubiá sío por la mala pata de que lo dejó una chispita cojo un toro de Saltillo...

MIGUEL. Murube.

ANTON. Es verdad, que fué Murube.

MIGUEL. Chorreao en verdugo, astifino, con más de treinta y sinco arrobas y pregonao perdío desde que salió der chiquero.

ANTON. ¡Fué una lástima, porque había que ve quien era Pepe Luis con er capote!

MIGUEL. ¡Pues y con las banderillas!...

ANTON. Casi como mi mataor. ¡Na más que eso!

MIGUEL. ¿Cómo casi?... ¡Más completo!... Tenía tantá figura como él y dejaba llegar más.

ANTON. Diga osté tanto, padre.

MIGUEL. No digo tanto, hijo, digo... ¡más!...

ANTON. Pero si mi maestro pa cambiar hasía esto *(Se acompaña de la acción.)* ¡eh..., eh...!, ¡toro!... Si no se le arrancaba el bicho le tiraba la montera. *(Tira el pañuelo u otro objeto.)* Y juntos los dos pies, na de ventajas, dejaba llegar al animal, hasta mojarle la faja con el hosico, y sin más que así. *(Va haciendo todo lo que dice.)*, le quebraba en la misma cabesa y dejaba el par en to lo arto ¡que ni dibujao!... *(En este momento don Francisco que llega, al otro lao de la verja, contempla la faena del Antonio, le tira su sombrero y rompe a aplaudir con entusiasmo.)*

FRANC. ¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Muy bonito! *(A poco desaparece.)*

ARACE. ¡Don Francisco!...

ANTON. ¡Mi mare!

MIGUEL. *(Dirigiéndose hacia la izquierda.)* A lo mejó esta faena le vale un par de durillos.

ANTON. ¿Es que va a haber chufla?

MIGUEL. ¿Estará doña Visita?

ARACE. *(Riéndose.)* Suba osté, don Migué; suba osté. *(Mutis primera izquierda el Padre Miguel.)*

ESCENA III

CONSOLACIÓN, DON FRANCISCO y ANTONIO. Entra por la derecha don Francisco, hombre de unos cincuenta años, con barba canosa, de aspecto simpático, vestido correctamente, pero con algún detalle que demuestre sus aficiones y gustos flamencos. Le acompaña Consolación, una gitana algo más joven, vestida pobremente. pero limpia.

CONSO. Asperándole a osté estabá hasía una hora y asperándole a osté me hubiera pasao lo que me quea de vía.

FRANC. Pues arráncate ya, mujer. ¿Qué te ocurre?... ¿Qué quieres de mí?...

CONSO. ¡Miserias, pobresas y agonías!... Mi Salvaorillo, don Fransisco, que ayer se tiró en la novillá y el grandísimo mal age der arcarde, que asín le dé un picó que tenga que arrascarse con

una trillaora, ¡mardita sea su estampa!, y así se le güerva vinagre la saliva, y así...

FRANC. Bueno, ¿pero qué ha pasao?... Corto y señío.

CONSO. Pues que me le ha metío en la cársel.

FRANC. ¿En la cársel?

CONSO. ¡Ya osté ve!... ¡Después que pegó tres naturales seguíos, que fueron un arboroto! ¿Osté cree que es rasón eso? ¿Eso es justisia?... ¡Contimpará a un torero con un creminal!... ¡Ese tío será to lo arcarde que le digan, pero ni es sevillano, ni españó, ni tié la sangre colorá, ni merese la sarvasión de su arma!

FRANC. ¡Cálmate, mujer!...

CONSO. ¡Misté que en Sevilla meté preso a un chavá, porque quié sé torero! ¿No es un contrasentío? ¡Que se vaya a mandá a otra parte, pero no aquí, donde el mosito, pa ser cabá, ha de saber beberse un chato, piropeá a las güenas mosas y descararse con un novillo! ¿E verdá o no e verdá, don Fransisco?...

ANTON. ¡Es la chipén!... ¡Na más que eso!...

FRANC. No se te había dao guitarra pa este acompañamiento.

ANTON. Me la enfundo. *(Mutis foro izquierda.)*

CONSO. Y carcule osté el estropisio que nos ha armao... El jorná de él, que ya lo ha perdío hoy, y e lo de más való que entraba en la casa.

FRANC. ¿Pues y tu marido?

CONSO. ¡Ay, don Francisco..., con mi Sarvaor no se pué contá pa ná!... Es un especialista de la bebía.

FRANC. ¡Muy bonito!

CONSO. Es un castigo, sí, señó; pero tié una sombra... que se pone a bebé y se forma corro pa mirarle.

FRANC. Estás chalá perdía, Consolasión.

CONSO. Por él, es posible..., ¿pero qué vi a haserle? Asín le conosí y no tengo derecho a quejarme; es el mismo que cuando éramos novios: en na ha cambiao, me conserva er cariño der día que nos casamos...

FRANC. Y la borrachera que pilló en la boda.

CONSO. Pué que sí que tenga osté rasón que sea la misma.

FRANC. Bueno, pues vete a tu casa, que ya veré yo luego al alcalde, y espero que esta misma noche dormirá el chaval en su cama...

CONSO. ¡Dios se lo pague a osté, don Francisco, y premita la Virgen de la Esperansa...!

FRANC. Que no se emborrache más tu marido.

CONSO. Mu poderosa es..., pero no creo que ahí llegue.

FRANC. *(Dándole unas monedas.)* Toma, que no perdáis el jornal.

CONSO. ¡Ay, don Fransisco e mi arma, deje osté que bese esas manos!...

FRANC. ¡Anda, anda!...

CONSO. ¡Con rasón dise mi hombre que es osté el mejó de los menistros que ha habío en España!...

FRANC. ¡Vaya hombre!...

CONSO. ¡Pero qué menistro, ni deputao, ni archipámpano..., si osté debía ser emperaor.

FRANC. ¡Lo menos!...

CONSO. ¡Y lo será osté, porque se lo merese, por güeno, por generoso, porque es osté un santo y un sabio, y simpatiquísimo como naide y saleroso como denguno..., y bendito sea su tipo y su garbo pajolero, y Dios le dé a osté salú pa asustar a tos los médicos y más años de vía que sesenta loros empalmaos der pico!... *(Se dirige hacia la derecha.)*

FRANC. ¡Anda con Dios, mujé!

CONSO. Quee osté con El, don Fransisco. *(Mutis.)*

ESCENA IV

JOSEFINA y don FRANCISCO.

JOSEF. *(Por la primera izquierda.)* Bien le han piropeado a usted.

FRANC. ¿Qué te parece?

JOSEF. Que se quean cortos, como dice el señó Antonio. *(Remedando a éste.)*

FRANC. ¡Chiquilla!...

JOSEF. *(Con mimo.)* Y vamos a cuentas, señor tío. Necesito...

FRANC. ¿Qué?

JOSEF. Que me haga usted un favor.

FRANC. Hecho.

JOSEF. No tan de prisa, no vaya usted a arrepentirse después.

FRANC. Tú no vas a proponerme ningún disparate.

JOSEF. Es que a mí puede no parecérmelo... y luego no estar usted de acuerdo conmigo.

FRANC. Sería la primera vez. Pero basta de pamplinas, y venga lo que sea.

JOSEF. Bueno, pues...

FRANC. ¡Sin tanto capotaso, niña, al asunto!

JOSEF. Pues... que quiero casarme.

FRANC. ¡Sambomba!...

JOSEF. ¿Ve usted?... Ya le parece mal.

FRANC. No, hija, pero es que la notisia es..., bueno, es que ni tu tía ni tú tenéis una mijita de eso, que, además de otra porsión de cosas, se llama considerasión.

JOSEF. ¡Pero, tío!...

FRANC. ¿Te paresc a tí bonito que me hayáis estado ocultando que tenías novio?

JOSEF. ¡No, tío...; si no lo tengo!... Me quiero casar, pero me pasa lo que a la del cuento: que aun no tengo con quién.

FRANC. ¿Estamos de chansa?

JOSEF. Le hablo a usted en serio. *(Con extremos mimosos.)* No tengo novio, pero claro que ya tengo echado el ojo a alguien, y para esto precisamente es para lo que necesito su ayuda.

FRANC. ¿Para echarle el ojo a algún grandísimo sinvergonsón?

JOSEF. No se vaya usted a indignar..., que acabará por haser lo que yo le diga, y ¡calladito!...

FRANC. ¡Eso ya lo veremos!...

JOSEF. ¡Además, que usted es el culpable!...

FRANC. ¿El culpable de qué?

JOSEF. De que me haya enamorado.

FRANC. ¡Caramba!...

JOSEF. Yo estaba tranquila en Madrid, con la tía Visita, y usted nos trajo a su casa, nos llevó de acá para allá, a encerraderos, a bailes..., conocí a un hombre...

FRANC. ¿No será el «Caraqueño»?...

JOSEF. ¿Por qué dice usted que no será, si sabe que es él?

FRANC. ¡Pajolero niño!...

JOSEF. ¿Le contraría... a usted, que es tan amigo de los toreros?...

FRANC. ¿Y eso qué tiene que ver? A mí me gustan los toreros en la plasa, pero no para que venga a quitarme la alegría de mi vida.

JOSEF. *(Abrazándole.)* ¡Egoistón!... ¿Piensa usted... que voy a quererle menos? ¡Pues más, si cabe!...

FRANC. ¡No me hase ninguna grasia la notisia, Josefina, no me hase grasia!

JOSEF. ¿Por qué no quiere usted que me case?...

FRANC. Porque es torero, y ello me hase sospechar que muy fásilmente pudieras haberte enamorao, no de él, sino de la aureola de héroe que lleva sobre sí su profesión, y pudiera el equívoco costarte después muy caro.

JOSEF. No lo crea usted. Cuando al galope de su caballo se lanzó a contener los de nuestro coche, librándonos de una muerte cierta, yo no vi, en ese momento, al torero, sino al hombre de valor, abnegado y generoso, que sacrifica su vida por salvar la ajena. Y, además, después, en su trato, esa modestia tan atrayente, ese respeto para hablar...

FRANC. Por temor a meter la pata.

JOSEF. Es inútil que trate usted de desmerecerle ante mí.

¡Le quiero y le quiero!... ¿Que no es un hombre ilustrado?... Lo sé, pero tampoco es un zoquete.

FRANC. No le anda muy lejos.

JOSEF. ¡No diga usted eso, tío Francisco..., que hasta habla francés!...

FRANC. Sí, pero por señas.

JOSEF. Además, los hombres muy sabihondos ya sabe usted que no son los mejores maridos, se preocupan de su ciencia más que de su mujer, y yo no quiero un sabio, quiero un marido, que trato de hacer un hogar, no de fundar una academia.

FRANC. Hija mía..., si con cabesas de enamoraos, se pudiera adoquinar la calle... ya podían pasar carros por ensima, que no harían baches...

JOSEF. ¡Muy bonito!...

FRANC. Yo te he dao un consejo, pero, a la postre, como decía el tío «Chiribitas» a uno de sus hijos: «Con er deo que más te guste, con aquél te rascas».

JOSEF. Es usted muy ocurrente.

FRANC. Yo, no; el tío «Chiribitas».

JOSEF. Bueno, pues ahora, vamos al favor.

FRANC. ¿Al favor?...

JOSEF. Naturalmente. He empezado por decirle a usted que iba a pedirle un favor, y hasta ahora, no le he pedido nada.

FRANC. Eso es verdad.

JOSEF. Pues, verá usted... Se le va a hacer algo raro, pero el caso es que... de todo eso que le he contado a usted... no sabe una palabra él...

FRANC. ¿El qué?

JOSEF. ¿Cómo el qué?... ¡El!... Que aun no se me ha declarado.

FRANC. ¡Sambomba!

JOSEF. Y aunque cada vez que habla conmigo, veo en sus ojos el propósito de decirme sus sentimientos, esa timidez suya, tan exagerada, le hace callar..., y yo quisiera, tiíto de mi alma...

FRANC. *(Adivinando la intención de su sobrina.)* ¡Ni una palabra más!...

JOSEF. ¡Es tan fácil para usted...!

FRANC. ¡No faltaba más!... Hasta ahí podía llegar la broma!...

JOSEF. ¡Es que es tan corto...!

FRANC. ¡Pues que le empalmen o le emplumen o le pongan fuego!...

JOSEF. *(Tratando de conmoverle.)* ¡Tiíto de mi vida!...

FRANC. ¡Que no, te digo! ¡A ese animal no le mete tu tío los deos en la boca..., que se los meta un domador...!

ESCENA V

Dichos, doña Visita y el Padre Miguel.

VISIT. *(Por la izquierda, acompañada del Padre Miguel.)* No sabe usted lo que me alegro. *(A Francisco.)* ¿Te has enterado de la novedad? ¡Al Padre Miguel que le han dado una parroquia!

FRANC. ¡Enhorabuena! Se lo merece usted, porque es una excelentísima persona y un afisionado superior.

MIGUEL. ¡Don Francisco...! *(Despidiéndose.)* A los pies de usted, señora... Josefina...

VISIT. Repito mi felicitación.

JOSEF. Y yo también, Padre.

MIGUEL. Muchas gracias.

FRANC. Esa alternativa hay que mojarla.

MIGUEL. ¡Que don Fransisco!... Buenos días. *(Mutis por la derecha.)*

VISIT. *(Desde el dintel de la puerta.)* ¡Vaya usted con Dios!

FRANC. *(Aparte, a Josefina.)* (Se lo voy a contar a tu tía.)

JOSEF. Sí, pero no delante de mí. *(Mutis primera izquierda.)*

ESCENA VI

Doña Visita y don Francisco.

VISIT. Me alegro de verdad. Me ha conmovido la noticia, Frasquito.

FRANC. Sí, ¿eh? Pues apóyate contra la pared o agárrate al perchero, que te voy a dar yo otra notisia, pero de las sensacionales.

VISIT. Mala no será por la forma en que me la anuncias de modo que no andes con requilorios, y dime, lo más pronto posible, de qué se trata.

FRANC. ¿Lo más pronto? Pues que Josefina quiere casarse.

VISIT. Pero, ¿cómo?

FRANC. Supongo que en la forma que se acostumbra; yendo a la iglesia.

VISIT. No gastes bromas. Pregunto que cómo ha podido ocultarme a mí que tenía novio.

FRANC. No, si no lo tiene.

VISIT. ¿Pero qué dices?...

FRANC. Verás...

ESCENA VII

Dichos y Alberto, que viste traje de montar.

ALBER. *(Por la derecha.)* ¡Salud, señores!...

VISIT. ¡Hola!

FRANC. Adiós, ilustre.
ALBER. No sea usted guasón, como dicen por aquí.
VISIT. ¿Qué tal el paseo?
ALBER. Magnífico. Pasa con Sevilla lo que con Madrid: se añora de lejos, y cuando se vuelve a ellos, se comprende la razón de la añoranza. ¡Esta alegría, este sol!...
FRANC. A veces se pone pesadillo, no creas.
VISIT. No le interrumpas.
ALBER. Ha hecho muy bien, porque el que primero ha interrumpido, he sido yo. Cuando entré, estaban ustedes hablando...
FRANC. De tonterías...
VISIT. De tonterías, no; de que Josefina ha dicho a su tío que quiere casarse.
ALBER. ¡Ah!
FRANC. ¡A ver si no es una tontería!...
ALBER. *(Muy emocionado.)* ¿Y el novio?
FRANC. El novio hay que buscarlo.
ALBER. *(Con alegría.)* ¿Luego no está comprometida con nadie?
VISIT. ¡Qué va a estar!...
FRANC. Que le ha dao por casarse, pero que no le falta mas que el novio.
ALBER. Pues el novio ya lo tiene, si no le parezco yo mal.
FRANC. ¡Muchacho!...
VISIT. Pero, ¿qué dises?...
ALBER. ¡Sí, tíos!... ¡Es una ilusión que ha vivdo en mí constantemente! La juzgaba, al principio, una quimera, pensé también que pudiera ser una exaltación del afecto fraternal que desde niños nos tuvimos, pero no; estoy convencido de que la quiero como se quiere a la mujer en que llega uno a soñar para propia. Con el alma, con todos los sentidos...
FRAN. ¡Huy huy, huy!...
VISIT. ¡Como nunca nos dijiste nada!...
ALBER. ¡Era tan joven!... Y, además, me creía en el deber de ofrecerle a Josefina algo más que un señorito adocenado; por eso trabajé.
VISIT. ¡Hijo de mi alma!... *(Le abraza.)* ¿A qué vamos a andar con hipocresías? Esa unión es el ideal de mi vida... ¡Las veces que he pensado en ella!... Lo mismo tu tío que yo...
FRANC. ¡No, yo no!... Yo tengo que oponer un rasonamiento.
VISIT. Tú no tienes que oponer nada, y ni que te parezca bien, ni que te parezca mal, los chicos se casarán.
FRANC. Pero, escúchame un momento.
VISIT. Si sé lo que vas a decir: que son primos carnales. Eso no es ningún obstáculo... Aprensiones de gente ridícula.

FRANC. ¡Que no es eso!...

VISIT. *(A Alberto.)* No le hagas caso, que tu tío en estos asuntos, está en palotes.

FRANC. Y tu tía en curvas.

ALBER. Pero, ¿por qué le parezco a usted tan mal para esposo de Josefina?...

FRANC. ¿Y tú eres el sabio?... Bueno, rasón tenía la muchacha disiendo que los sabios son unos trompos para estos belenes. Ven acá, ignorante... Tanto como tu tía, o sesenta y siete veses más que tu tía, me hubiera yo alegrado de que pudiérais casaros...

ALBER. ¿Entonces...?

FRANC. Pero ella quiere a otro.

ALBER. ¿No ha dicho usted que no tenía novio?

FRANC. Y no lo tiene. Y ni siquiera él lo sabe, pero está locamente enamorada...

VISIT. ¿De quién?

FRANC. Del «Caraqueño».

ALBER. ¿De un torero?...

VISIT. ¡Ja, ja, ja!... ¿Cómo va a enamorarse Josefina de ese hombre?...

FRAN. No te rías, que hase un momento me lo ha confesado.

VISIT. Eso es una bobada. Como consecuencia de la aventura del coche, se ha sentido protagonista de novela y considera que el desenlace del folletín ha de ser la boda de la dama con el héroe. *(A Alberto, que está apenadísimo.)* Se le pasará, estate tranquilo.

FRAN. O no se le pasará.

VISIT. Pero si es un desatino, Alberto. Ese hombre, verdaderamente es simpático, buena persona..., pero tan arrimado a la cola, que el otro día le escribía al empresario de la plaza, a don Eugenio, y le preguntaba a tu tío: «Oiga osté, ¿Ugenio, dónde lleva la *h*?» Por cierto que este grandísimo chuflón, le contestó: «Pues debe llevarla muy escondida, porque yo no se la he visto».

FRANC. Eso es mucha verdad, pero cuando a una mujer le gusta un hombre, se fija en todo menos en la ortografía.

VISIT. No le hagas caso; y nada de alargar la cara ni de entristecerse, porque no hay motivo. Ahora mismo voy a hablar con ella...

ALBER. No, tía. Más vale que no le diga usted nada.

VISIT. ¡En seguida!

ALBER. Se lo suplico. Contrariando sus inclinaciones, tampoco lo aceptaría.

VISIT. ¡Qué sabes tú de eso!...

ALBER. Se lo ruego.

VISIT. ¡Qué bobalicón eres, hijo!... *(Mutis izquierda.)*

ALBER. ¡Hubiera sido mi felicidad!... y la felicidad no se da en el mundo...

FRANC. No te pongas sentensioso y alegra esa cara y vamos a dar una vuelta por el jardín, que a lo mejor... ¡Quién sabe! Las mujeres, para esto del querer, son como para mirar lòs bizcos: parese que están clavaos en aquel y el saetaso va para el de al lado...

ALBER. ¡Ojalá tenga usted razón!...

FRANC. ¡Digo!... *(Mutis los dos por el foro izquierda.)*

ESCENA VIII

El «Caraqueño», el «Desplantes» y Antonio.

ANTON. *(Entra por el foro izquierda, después de oírse sonar el timbre de la puerta.)* ¡Alante quien sea!... *(Vuelve a sonar el timbre.)* ¡Que alante, que está la puerta abierta!... *(Asoma la cabeza, primero, y pasa después el «Desplantes», tipo de torero abrutado.)*

DESPL. Mu güenos días.

ANTON. Buenos, ¿qué se ofrese?...

DESPL. *(Dirigiéndose a alguien de fuera.)* Pasa, tú. *(Entra «Caraqueño»; viste de largo, pero con camisa de bullones, sombrero ancho y profusión de alhajas.)*

ANTON. *(Aparte.)* ¡Mardita sea mi vida, el fantasmón del «Caraqueño» aquí!

CARA. *(Con ligero acento americano.)* ¡Buenos días, señor don Antonio.

ANTON. Pa er que lo sean.

DESPL. Ha el favó de desirle a don Francisco, que habemos venío yo y éste...

ANTON. Don Francisco no está en casa.

DESPL. ¡Pero qué no va a estar... si nos ha dicho la vesina de enfrente, que está en la puerta, que acaba de verle entrá!

ANTON. Po ya podía la mu cochambrosa, en vez de estar husmeando lo que pasa aquí, ocuparse en lavar a sus chavale, que los lleva que, pa darles un beso, hay que frotarles antes con papé de lija.

DESPL. Mu bien, ¿pero a qué dises, entonses, que no estaba?

ANTON. ¡Señó..., porque yo no le he visto de entrá! Habrá venío por la puerta der jardín. Voy a buscarle.

DESPL. Aquí asperamos. *(Se sienta.)*

ANTON. *(Aparte.)* Ya se habrán casáo vuestros nietos antes de que yo le diga a don Francisco que estáis vosotros. *(Mutis foro izquierda.)*

ESCENA IX

El «Caraqueño y el «Desplantes».

CARA. Ya ves tú si es fásil desirle a un hombre: «Don Fulano, me gusta su sobrina a rabiar..., ¿me la quiere usted dar para mujer?» Y, sin embargo, tres o cuatro veses que he estao para desírselo a don Francisco, se me ha hecho un nudo en la garganta, y no he podido encontrar las palabras necesarias.

DESPL. Es naturá. Te farta la costumbre de alterná con el señorío, no estás ar tanto de los unos y timos de la güena sociedá, y ta tarugas, iguá me pasaba a mí a tus años. Y eso no es más que te farta curtura, que se dise ahora.

CARA. No sé lo que será, pero el caso es que más mal o más bien, yo hablo con cualquiera de todo lo que sea, pero del cariño que le tengo a esa mujer, que no puedo hablar más que contigo.

DESPL. Po es menester que te vayas sortando, porque pa la seremonia de pedirle a don Fransisco la mano de su sobrina, bien está que lo haga yo, en nombre de mi mataor; pero una ve que estéis en relasiones, no vi a vení yo pa animá el palique.

CARA. Pa eso no he de menester tu ayuda, «Desplantes»; jamás he necesitado de nadie para haserle el amor a una mujé. Mi cortedad de ahora no es más que el temor de que pudieran desirme que el soñar yo en esa señorita es un disparate.

DESPL. ¡Tú eres un mirlo a rayas, Sequiel!... ¿Pero cómo crees tú que va a existir una mujer que le diga que no a un mataor de cartel de tu categoría?... Ya verás tú que pronto que me dise ¡olé! don Fransisco.

CARA. ¡Ojalá!...

DESPL. ¡Digo! Me traigo un discursito, que me juego la nué, a que ar finál, se tira ar suelo don Fransisco, y a gatas viene a mí, a abrasarme las rodillas.

CARA. ¡Lo menos!

DESPL. Prinsipiaré por alargarle un hartá de jabón y, ya, pa er finá, me arranco disiéndole lo colaísimo que estás tú por su sobrina, que la quieres chipén, que ni comes ni duermes por sus peasos, que sueñas a gritos y que si no te la dan, estás dispuesto a haser con ella lo que con doña Isabel, el señó Diego Marsilla.

CARA. ¿Quién es ese Diego?... ¿Algún picaor?

DESPL. Por tu madre, Sequiel, no hagas esas preguntas, que se van a reír de ti. Doña Isabel y el señó Diego Marsilla eran unos cómicos que se querían a rabiá.

CARA. No lo sabía.

DESPL. ¡Ya ha llovío de que yo les vi, en er teatro!...

ESCENA X

DICHOS y JOSEFINA.

JOSEF. *(Por la primera izquierda.)* ¡Ah!... ¿Ustedes aquí? Buenos días.

CARA. Muy buenos, señorita.

DESPL. A los pies de usted señorita. *(Aparte al «Caraqueño».)* ¡El sombrero, tú... y no te asares!... ¡Anda la panocha, si er que no se lo ha quitao soy yo!... *(Se lo quita.)*

JOSEF. *(Al «Caraqueño».)* ¿Y a qué se debe el honor de esta visita? Me creo autorizada a preguntárselo, porque no siendo cuando mi tío le ha traído, jamás se ha dignado usted favorecernos con su presencia.

DESPL. *(Aparte.)* ¡Josú y cómo habla esta chavala!...

CARA. Alguna ves tenía que ser la primera.

JOSEF. Siéntense. *(Josefina y el «Caraqueño» se sientan juntos al velador. «Desplantes», más distanciado, en la derecha.)*

DESPL. *(Aparte.)* A este animal no se le ocurren más que vulgaridades.

JOSEF. Vaya, pues le agradezco la visita, siempre que no venga usted impulsado por alguien, o exclusivamente a tratar de asuntos con mi tío.

CARA. Vengo a tener el gusto de verles a ustedes, y nada más.

JOSEF. Si es así, muchas gracias.

DESPL. Venimos en visita de cumplío. No sabíamos ande matar un rato hasta la hora de almorsá, y dijo éste: «Vamos a llegarno a casa de don Fransisco». Por sierto que «me se» había orvidao que tengo que recogé unas sapatillas, y con er permiso de ustés...

JOSEF. Vaya usted.

DESPL. Que haya salú, señorita.

JOSEF. Vaya usted con Dios.

DESPL. Y tantísimo gusto en verla tan güena. Hasta la próxima. *(Al «Caraqueño».)* Adiós, tú.

CARA. Adiós.

DESPL. Y que... *(Le hace gestos, animándole a que se decida, y después dice aparte.)* (Es güen torero, pero pa ande se quié meté *(Por Josefina.)*, le farta curtura.) *(Mutis por la derecha.)*

ESCENA XI

JOSEFINA y el «CARAQUEÑO».

JOSEF. ¿Quiere usted que subamos al piso donde está mi tía, o prefiere que permanezcamos aquí?...

CARA. Como usted diga.

JOSEF. *(Con hipocresía.)* A mí me es indiferente.

CARA. Y a mí.

JOSEF. *(Molesta de la cachaza del «Caraqueño».)* Entonces vamos. *(Se levanta y se dirige hacia la primera derecha.)*

CARA. Vamos. *(Adelanta unos pasos.)* Y el caso es que yo...

JOSEF. *(Acercándose.)* ¿Qué?

CARA. *(Sin atreverse.)* No; nada.

JOSEF. ¡Usted es que quiere decirme algo!...

CARA. ¡Sí, es verdad!

JOSEF. ¡Pero no se atreve!...

CARA. Así es.

JOSEF. Pues, hombre; decídase, porque si no me conviene, con decirle que no...

CARA. *(Vacilando.)* Seguramente, más vale dejarlo.

JOSEF. ¡No..., que yo no le he dicho que no!... Pero, hombre de Dios...; ¿cómo voy a decir a usted, ni sí ni no, si no sé de lo que se trata? Usted pregunte primero y luego yo contestaré. Ahora es que se lo exijo, y si no, no haber despertado mi curiosidad.

CARA. ¡Le va a parecer a usted tan extraño!...

JOSEF. ¿Sí...?

CARA. Quisá lo que menos se figura.

JOSEF. Me encantan las sorpresas.

CARA. ¡Es que es tan grande!...

JOSEF. ¿Lo llegará usted a decir?...

CARA. Es que no sé como...

JOSEF. Como pueda.

CARA. Pues...

JOSEF. ¿Qué?

CARA. ¡Que la quiero a usted con toda mi alma!

JOSEF. ¡Gracias a Dios!..., ¡ja, ja, ja!...

CARA. ¿Se burla usted?...

JOSEF. ¿Y esa es la sorpresa?... ¡Pues no hace tiempo que no lo era para mí!...

CARA. ¿Y no le parece a usté mal?...

JOSEF. No.

CARA. ¡Muchísimas grasias, Josefina!... ¿Me permite usted que la llame Josefina?...

JOSEF. ¡Si no quiere usted ponerme un apodo...!

CARA. ¡Lo que yo quisiera es desirla a usté todo el cariño que la tengo!...

JOSEF. ¿De verdad?...

CARA. ¡Se lo juro! ¿Me contestará usté pronto?

JOSEF. Déjeme usted pensarlo.

CARA. ¿Cuánto?...

JOSEF. ¡Ya está!... Esta es mi mano.

CARA. ¡Josefina!

JOSEF. ¡Cobardón!... *(Apretones de manos, suspiros, etc.)*.

CARA. Nos casamos en cuanto que termine esta temporada, no más.

JOSEF. ¿Falta mucho?

CARA. Es en octubre..., sinco meses.

JOSEF. ¡Y que pillan tres de a treinta y un días!...

CARA. ¿Le paresera bien a don Fransisco?

JOSEF. Regular, pero sin llegar a oponerse a lo que yo disponga.

CARA. ¿Es que le ha hablado usted ya?

JOSEF. ¡No..., pero me lo figuro!...

CARA. Es natural. El hubiera querido para usted un hombre nasío en cuna de oro, de finos modales, educao, hombre de estudios, conde o marqués, que to se lo merese su sobrina...

JOSEF. ¡Es usted muy galante!...

CARA. ¡Y tropesar conmigo!... Pero, ¡quién sabe si lo ha asertao usté! Porque yo seré un rústico que no sabe expresar lo que siente con palabras, pero en punto a quererla, a admirarla, a rodar por sus caprichos, a dar mi vida por usté, si es presiso, ni que se lo buscasen a la medida, encontrarían otro como yo..

JOSEF. Lo sé, Ezequiel.

CARA. No tendrá usté un marido distinguido, pero sí un hombre de corasón.

JOSEF. Es cuanto ansío: querer y que me quieran, pero sin doblez, sin hipocresías; prefiero todos los trastornos de una pasión desbordada a la frialdad de un cariño sufrido y correcto.

CARA. ¡La pareja más dichosa del mundo vamos a ser!...

JOSEF. ¿Lo cree usted así?...

CARA. ¿Y usté, no?

JOSEF. Yo lo sospecho.

CARA. Yo estoy segurísimo.

JOSEF. Tengo que advertirle que soy muy celosa y exigente y dominante...

CARA. ¡Y más bonita que el amanecer de un día alegre!...

JOSEF. ¿Pero es que va usted a resultar poeta?...

CARA. De por mí no soy na; pero a su lao llegaré a ser lo que a usté se le antoje: poeta, general, ingeniero, ministro, gobernaor, o hasta papa.

JOSEF. Con otro acento... ¡Quién sabe!...

CARA. ¡Bendita sea su grasia y quien la trajo a usté al mundo!...

JOSEF. ¡Parece usted otro!

CARA. Es que lo soy.

JOSEF. ¿Y cómo se ha ido usted a fijar en mí, con lo solicitado que yo sé que está usted?...

CARA. Porque siempre se fija uno en lo mejor.

JOSEF. ¿Cuántas novias tiene usted ahora?... ¡Pero sin mentir!...

CARA. Ninguna.

JOSEF. ¡Pues la gente le da a usted una fama!

CARA. La gente dise lo que le parese. Claro es que a falta de una iglesia pa resar una orasión, se para uno en cualquier parte..., pero lo que se dise novia, le juro a usté que jamás he tenío ninguna.

JOSEF. ¿Ni en su tierra?...

CARA. Ni allá.

JOSEF. ¿Quién le iba a decir a usted que en España iba a encontrar su media naranja?...

CARA. ¿Y dónde mejor? ¿No disen que España es la madre de América? ¿Pues a quién mejor que a una madre le va a encargar uno que le busque novia?...

JOSEF. ¡Zalamero!...

CARA. ¡Chiquilla!...

ESCENA XII

DICHOS, DON FRANCISCO y ALBERTO.

FRANC. *(Por el foro izquierda, acompañado de Alberto.)* ¡Atisa!... *(Acercándose.)* ¡Muy buenos días!...

JOSEF. ¡Ah!...

CARA. ¡Don Fransisco!...

FRANC. ¿Qué tal, barbián?

CARA. ¡Magníficamente..., y hoy mejor que nunca!...

FRANC. ¿Ah..., sí?... *(Mirando maliciosamente a Josefina.)* ¡Vaya, hombre!... *(Presentando.)* Mi sobrino Alberto..., el celebérrimo matador de toros Ezequiel Maracaibo, «Caraqueño». *(Se saludan.)*

JOSEF. Querido tío, de lo que le encargaba a usted de... *(Indica por señas la faena de descorchar algo.)*

FRANC. ¿De descorchar el frasco?...

JOSEF. ¡Sí!... Pues ya no hace falta.

FRANC. ¡Caramba!...

JOSEF. Acompañe usted a Ezequiel, que quiere saludar a la tía, y ya él les dirá a ustedes la novedad.

FRANC. ¡Ah!... ¿Conque...?

JOSEF. Ezequiel se lo explicará, yo me quedo aquí con el primo Alberto, que tengo que darle un recorrido.

CARA. Hasta ahora.

FRANC. Pase usted. *(El «Caraqueño» hace mutis por la primera izquierda, y él dice aparte.)* Pretender quitarle el capricho a una mujer es como querer parar un automóvil con el dedo chico. *(Mutis por la primera izquierda.)*

ESCENA XIII

Josefina y Alberto.

JOSEF. *(Con cómica gravedad.)* ¡Siéntese ahí el acusado!... *Alberto lo hace.)* ¡No..., no ponga esa cara tan compungida de íctima inocente, que no va usted a lograr conmover a sus ueces! De modo... *(No puede aguantar más la seriedad y rompe a reír.)* ¡Ja, ja, ja!...

ALBER. ¿Te ha contado la tía...?

JOSEF. Sí.

ALBER. Yo supuse, Josefina, que mi proposición podría ser admitida o rechazada, pero...

JOSEF. ¿Pero no tomada a risa?...

ALBER. Exactamente.

JOSEF. ¡Pero ven acá, so loco!... ¿Es que, por acaso, somos nosotros dos parientes de esos cuyo afecto apenas si rebasa los límites de una buena amistad? ¡No! ¡Somos hijos de hermanos, juntos pasamos la niñez, idéntica desgracia nos llevó a casa de los tíos, y en nuestros juegos, en nuestra compenetración y en todo, más que primos carnales, hemos sido siempre dos hermanos! De esta condición es el cariño que me tienes, como el que yo te profeso a ti: cariño fraternal..., grande, enorme, seguramente el mejor de todos... ¡Pero muy diferente!

ALBER. Yo no lo entiendo así.

JOSEF. ¡Porque no sabes lo que es amor! El verdadero amor...

ALBER. ¡No me lo descubras, Josefina! ¡Para qué..., si ya veo que estás enamorada de otro hombre! Me resignaré.

JOSEF. ¿Lo ves? ¡Una prueba más! Si me quisieras, como equivocadamente has pensado, no te resignarías; por el contrario, tratarías de luchar por conseguirme. Cuando se quiere con pasión, se arrolla, se salta por todo, no hay manera de resignarse y la abnegación se le antoja a uno cobardía. No seas bobo, Alberto, que nuestro cariño es fraternal..., ¡y a mí me es muy necesario para ser feliz!...

ALBER. Pues siendo tú dichosa...

JOSEF. ¿Lo serás tú?...

ALBER. Seguramente... Perdóname.

JOSEF. ¿Con absoluta franqueza?...

ALBER. *(Sacando fuerzas de flaqueza.)* ¡Con lealtad de hermanos!...

JOSF. ¡Alberto!...

ALBER. ¡Josefina!... *(Se abrazan.)*

ESCENA XIV

DICHOS y ANTONIO.

JOSEF. Ya verás cómo te llevas muy bien con él.

ALBER. ¿Por qué no? *(Antonio entra por el foro izquierda y queda en segundo término.)*

JOSEF. El «Caraqueño», aunque no es un hombre muy instruído, es simpático, agradable...

ANTON. Y un grandísimo sinvergonsón. ¡Na más que eso!...

JOSEF. ¡Antonio!...

ANTON. Ya comprenderá usté, señorita, que cuando me tomo la libertad de samparme en la conversasión, pa piropeá a ese títere...

JOSEF. ¡Tenga usted cuidado con las palabras que emplea!

ANTON. Tie usté rasón: no he debido llamarle títere, porque a mí los títeres me hasen mucha grasia..., ¡y el malange ese, mar tiro le peguen!...

JOSEF. ¿Pero cómo cree usted que voy a tolerar que hable así?

ANTON. Acabo en seguida. Van las pruebas. Vengo de tomarme un chato con Justino, el cochero que guiaba la jardinera en el coto de don Eladio...

JOSEF. *(A Alberto.)* Al que se le desbocaron los caballos.

ANTON. ¿Se quié usté callar?

ALBER. ¡Pero Antonio...!

ANTON. Usté disimule, señorita, ha sío un repente..., ¡pero es que estoy negro de indirnasión! Lo der sarvamento de la vida de ustedes ya me tenía yo mascao que era una pamplina, pero hoy he acabao de convenserme.

JOSEF. ¿Pero está usted en su sano juicio?

ANTON. Yo sí; el que tenía un tablón como pa pasar de Cádi a Güenos Aires era Justino, er cochero..., y me ha contao que er «Caraqueño» le dió sien pesetas pa que en un momento convenío endiñase a los caballos unos aguijonasos y fingiera que se le desbocaban, y gritase y pateara hasta que se presentara él y pudiera haser la camama der sarvamento.

JOSEF. ¡Eso es mentira!...

ANTON. ¡Es más verdá que la lú, señorita!... ¡Pero si los caballos son unos matalones que no galopan mas que mirando pa la cuadra!...

JOSEF. ¡Basta! ¡Esto es demasiado! ¡No creo que sea modo de agradecer las consideraciones que se le guardan a usted en esta casa el venir a contarnos las calumnias que lanzan a nuestras amistades..., o que usted mismo inventa!

ANTON. Dígame usté lo que le dé la gana, pero esté segurísima de que no ha habío tar sarvamento.

JOSEF. ¡Salga usted de aquí!...

ALBER. *(A Antonio.)* ¡Ya está bien!...

ANTON. Como ustés manden..., pero que «coste» que a ese [p]ájaro no le debe usté na.

JOSEF. ¡Es intolerable!...

ALBER. ¡Pero, Antonio!...

JOSEF. Escuche usted: mi tío, si a tal extremo lleva su [c]omplacencia con usted, podrá emplearle donde quiera, pero hoy [m]ismo saldrá usted de esta casa para no volver mientras yo [e]sté en ella.

ESCENA XV

Dichos y El «Caraqueño».

CARA. *(Por la primera izquierda.)* ¿Qué ocurre?

JOSEF. Nada. Este hombre que me ha faltado y le he pues[t]o en la calle.

ALBER. Faltarte no, porque yo no lo hubiera consentido; [s]e ha extralimitado.

JOSEF. ¡Es igual!...

CARA. ¿Por causa mía, tal vez? *(Josefina niega tímidamen[t]e.)* Sí... No sé por qué, pero el señor Antonio no quiere ser [a]migo mío.

ANTON. No, señor.

CARA. Y to por selos de su mataor. *(A Antonio.)* ¡Si yo también creo que era mejor torero que yo!...

ANTON. ¡Pero un rato ancho!

CARA. Ahora que si el público está por mí, ¿qué voy a haserle?... ¿Me voy a retirar para que usté no se aberrinche?...

JOSEF. No le haga usted caso.

CARA. Desde luego, que no; pero sí le suplico a usté que le perdone.

JOSEF. No tengo mas que una palabra.

CARA. Pues mire usté: don Fransisco acaba de desirme que mañana van ustedes a la corrida; el segundo toro se lo brindare a usté para pedirla el perdón de este hombre. Si me dice usté que no... *(Hace ademán con el dedo de movimiento negativo.)* me voy derecho pa el toro y me dejo clavar un pitón en mitá del pecho... Hasta mañana, Josefina...

JOSEF. ¡Hasta mañana!...

CARA. *(A Alberto.)* Tantísimo gusto. *(Mutis por la derecha.)*

JOSEF. ¡Es un hombre!... *(A Antonio.)* ¡A él le debe usted que le perdone!...

ANTON. ¿Sí?... ¡Pues no lo armito!... ¡Y si fuera yo que usté, mañana le contestaría así... *(Repite exageradamente el movimiento de negar con un dedo, remedando al «Caraqueño».)*, a ver si era verdá que iba pa el arto...

ACTO SEGUNDO

Un salón decorado y amueblado con lujo en casa del «Caraqueño. En el centro del foro, una gran puerta que permite ver parte del comedor; otra puerta en el lateral de la derecha y dos en el de la izquierda. Es de noche, y al empezar la acción aparece mucho más iluminada la habitación del segundo término o sea el comedor.

ESCENA PRIMERA

Dos o tres MUCHACHAS y PEDRITO. Al levantarse el telón se oye un burdel de risas, gritos y algazara, que parten del comedor, donde están de sobremesa EZEQUIEL y unos amigos con varias señoritas de carácter alegre ocupando el extremo de la mesa, que se ve desde el público. Están dos o tres señoritas, algunas de las cuales fuman, adoptando posturas de despreocupación, etc. Cesa un momento el bullicio, se oyen frases como «Callarse», «Un poco de silencio», «Vamo a ver lo bueno», «Anda ya, niño», etc., y se empieza a oír el rasgueo de una guitarra. A poco canta uno, dentro, por sevillanas, la siguiente copla:

«Eres chata y cachigorda,
tienes la tez de aceituna
y además tiés una madre
que está negra de reúma.»

TODOS. ¡Olé!... ¡Bravo!... ¡Bien!...
UNO. ¡Ahí los tíos!...
OTRO. *(Con voz algo atiplada.)* ¡Sembrao!... ¡Sembrao!... ¡y sembrao!...
TODOS. ¡Ja, ja, ja!...

ESCENA II

ISABEL y el «CARAQUEÑO por la puerta del comedor. Entra en el salón ISABEL, muchacha joven, guapísima y elegantísima. Viene riéndose y la sigue el «CARAQUEÑO». Los personajes que estaban en el comedor, han desaparecido.

ISABEL. ¡Ya no puedo más! *(Se deja caer en un sillón.)*
CARA. ¿Se ha aburrido usté?...
ISABEL. Todo lo contrario. Me he dirvertido extraordinariamente, pero es que estoy rendida de tanto reír y charlar... ¡Qué colección de locos!...

CARA. Algunos.

ISABEL. Todos; desde el dueño de la casa, que organiza una orgía en el propio domicilio conyugal, aprovechando la ausencia de su esposa...

CARA. No hablemos de eso, Isabel; sabe usted que le he dicho que esa mujer se ha acabao pa mí..., ¡y sa acabao!

ISABEL. ¡Bah!

CARA. ¡Se lo juré el día que me amenasó con irse a casa de sus tíos! «Mira lo que hases, porque si sales por esa puerta, no vuelves a pasar por ella.» No me hizo caso y se marchó..., ¡pues liquidao! Yo soy hombre de palabra...

ISABEL. ¿Y la dejó usted salir, con lo ciego que estaba por ella?...

CARA. ¡Siego!... Me gustaba, ¿a qué voy a negarlo?, pero de novios, que una ves casados bien pronto me convensí que mi matrimonio con aquella mujer había sido una equvocasión y un desatino...

ISABEL. ¿Tan mala ha sido para usted?...

CARA. Insoportable, ridícula... En fin, yo soy un caballero y no está bien que hable mal de una mujer, por daño que me haya hecho; así es que dejemos esto, que ya ha pasao, y hablemos un poquito de lo que a mí me interesa: de usté.

ISABEL. ¡Ja, ja, ja!... ¿Pero aún va usted a insistir?...

CARA. Hasta lograr que deje usted a ese hombre, pa ser sólo mía.

ISABEL. Seamos sensatos.

CARA. ¡Si es que estoy loco por usted!...

ISABEL. Y yo no quiero estarlo por nadie.

CARA. No me diga usted eso ni en broma, si en algo estima mi amistad.

ISABEL. Precisamente porque le estimo no debo engañarle.

CARA. ¿Y no se negañará usted misma?

ISABEL. ¡Ah!... ¿Presumimos?...

CARA. Saco consecuencias. Usté ha sido la inspiradora de esta jarana, que yo he organisao pa darle ese capricho, y aquí está usté, sabiendo que si él se enterara, podría costarle un serio disgusto.

ISABEL. No lo crea usted: es hombre comprensivo, obtiene de mí lo que necesita y no exige más.

CARA. ¡Ese hombre no la quiere a usted como yo!...

ISABEL. No lo sé; pero me conviene más.

CARA. ¿Por qué?

ISABEL. Primero, porque usted tiene su mujer...

CARA. ¡No me martice usté, Isabel, que la juro que eso se acabó pa siempre!...

ISABEL. Pudiera ser, pero por si acaso.

CARA. Eso es una evasiva.

ISABEL. Es sinceridad. No es que me dé lástima de nadie, porque nadie jamás de mí la tuvo; es que hay algo en mí, que instintivamente me veda el deseo de apoderarme de lo que legítimamente pertenece a otra.

CARA. ¡No me macanee, Isabelita!

ISABEL. Vamos a variar el tema... o perdemos las amistades...

CARA. ¡Eso, nunca!...

ISABEL. Pues cambiemos.

CARA. ¡Pero si es que la quiero a usted...!

ESCENA III

DICHOS y el DESPLANTES

DESPL. *(Por el foro, fumando un cigarro enorme.)* ¡Me he inchao!... Bueno, es que se ha comido mejó que en la boda de una carnisera. ¡Cómo estaba el pavo truncao!... *(Se arrellana en un sofá, en el lado izquierdo, enfrente de la pareja.)*

CARA. *(Molesto.)* ¿Es que vas a estarte aquí?...

DESPL. *(Con naturalidad.)* Sí, pero seguir ustedes hablando de lo que queráis, que a mí no me molestan.

CARA. ¡Pero tú a nosotros sí!...

DESPL. *(Levantándose.)* ¡Ah!... ¡Entonses es diferente!...

ISABEL. No, no se vaya usted. ¡Que ha de molestar... si ha llegado usted con una oportunidad!...

DESPL. Como siempre. Hasta pa naser lo hise con oportunidá.

ISABEL. ¿Sí?...

DESPL. ¡Digo!... ¡Las veses que se lo tengo oído contar a mi mare!...

ISABEL. Cuéntelo usted.

DESPL. *(Al «Caraqueño», que le mira como para asesinarle.)* Es cortito. *(Ya en narrador.)* Salían de la iglesia mis padres er día de su boda...

CARA. ¿Por qué no lo tomas desde el nasimiento de tu abuelo?

DESPL. Acabo en seguía, maestro; y pa llegá ar final, es necesario.

ISABEL. Siga usted.

DESPL. Güeno, pues como iba disiendo, salían de la iglesia mis padres er día de su casamiento tan ufanos y orgullosos, acompañados de una nube de amigos, hombres, mujeres y gorrones, cuando va y se planta ante ellos el «Garboso», que era un gi-

ano a quien mi mare había despreciao pa casarse con mi pare. Hase arto la comitiva, el «Garboso» empiesa a soltar puyas y guasas a mi mare, se le ajuma er pescao a mi pare, le contesta su meresío, prinsipian las frases gordas, se pasan a los insultos, se llegan hasta mentarse las familias, se agrupan los hombres en dos bandos, los unos por mi pare, los otros por el «Garboso»..., y cuando ya relusían de quinse a veinte facas por ca bando, mi mare que empiesa a gritar como una loca, que se retuerse, que pide auxilio..., da un grito de doló, se le sarta el asar... ¡y yo que vengo ar mundo!... Allí quedó cortá la bronca, tos acudieron a socorrer a mi pobre mare y mi nasimiento evitó de dose a quinse muertos, por lo menos. ¡A ver si es o no es esto naser oportunamente!...

ISABEL. Sin duda alguna. *(Al «Caraqueño», riéndose.)* Tiene usted un banderillero graciosísimo.

CARA. Sí, muy gracioso, pero muy entrometido.

DESPL. ¿Entrometío?... ¡Mia, si te hubieras dejao llevar de mis entrometeduras... no estarías ahora tan pesaroso de haberte casao!...

CARA. En eso sí asertaste.

DESPL. ¡Pero hombre... si era un gorpe cantao! Tu matrimonio con esa señorita era algo así como querer injertar anchoas en un olivo, pa ver si daba rellenas las aseitunas... ¡Un disparate!...

ISABEL. ¿Pero tan mala es esa mujer?...

CARA. Mala..., no sé.

DESPL. ¡Qué va a ser mala! La prueba es que al día siguiente de largarse ella de casa, se despidieron tos los criados por simpatías con su señorita.

CARA. Para todo el mundo tenía más amabilidad que para su marido.

ISABEL. ¿Es usted celoso?...

CARA. ¡Celoso! Los celos no los sienten más que los que no están seguros de sí mismo. ¡Y me parese...!

ISABEL. Entonces, el malo es usted.

DESPL. No, señora; no es más que entre ellos no existía ni puede existir, eso que ahora se dise: Compatibiliá de temperamentos, y ella sobre tó, que, aunque muy buenísima, es mu dominanta, como toas las mujeres...

ISABEL. Muchas gracias.

DESPL. De na, pero es la chipén. A toa costa quería avasallar a éste, y le sentaba mal si bebía, si jugaba, si gastaba chirigotas con otra mujer, y hasta si se iba un par de días de juerga, obligao por las siscurtansias.

ISABEL. Eso es natural.

DESPL. Pues no debía de ser. La obligasión de la mujer, si es que quiere que haya tranquilidá en su casa, es ver, oír... haserse la distraída.

ISABEL. ¡Muy bonito!...

DESPL. ...y además callarse.

CARA. ¡Y a ver cuándo te callas tú!...

DESPL. Callao. *(A Isabel.)* ¿Ve osté la diferensia?... Esto se lo dise a una mujer, y es igual que si la dijeran: «Usía tie la palabra».

ESCENA IV

DICHOS, CARMEN y MANOLO

MANOLO. *(Dentro.)* ¡Que no!... ¡Que aspere usted que yo avise!

CARA. ¿Qué es eso?

DESPL. *(Mirando hacia la puerta de la derecha.)* Manolo el puntillas que disputa con alguien. *(A Isabel.)* Nuestro sirviente de ahora, lo hemos traído de un cormao.

MANOLO. *(Entra por la derecha, tratando de contener a Carmen. Viste guayabera, y sus ademanes son ligeramente afeminados.)* ¡Que no pasa usté!...

CARMEN. ¡Déjeme usted pasar!... *(Arrolla al criado y entra en escena, quedando un tanto cortada al ver al «Caraqueño».)* ¡Ah!...

CARA. *(Profundamente asombrado y contrariado.)* ¿Tú aquí?...

CARMEN. *(Ya más dueña de sí.)* ¿Te sorprende, verdad?... *(Viendo a Isabel.)* ¿Es tu esposa?

ISABEL. No, señora; soy una amiga.

CARMEN. *(Secamente.)* Tanto gusto.

ISABEL. *(Dirigiéndose hacia el foro, por donde hace mutis.)* Hasta ahora, Ezequiel.

CARA. ¡Marcharse vosotros!... *(Manolo hace mutis por la derecha.)*

DESPL. *(Aparte.)* No me iré mu lejos, no sea que haiga que salir a haser el quite. *(Mutis por la primera izquierda.)*

ESCENA V

CARMEN y el CARAQUEÑO.

CARA. ¿Qué vienes a buscar aquí?... ¿Y a qué obedese la locura de este viaje?...

CARMEN. ¿No te lo figuras?... Vengo a pedirte cuentas de mi honra, a disputarle a la mujer que sea el padre de mi hijo.

CARA. ¿Y para esto vienes desde allá?...

CARMEN. ¡Para esto..., que para mí es todo!...

CARA. Pues es una pena el dinero que te has gastado en pasaje; porque hay cosas que, aun queriendo, no pueden arreglarse, y ésta es una de ellas.

CARMEN. ¿Sí?...

CARA. Pero mujer..., ¿no sabes que me he casao? Habré hecho bien o mal, pero ya no tiene remedio, y mal que me pese, la única mujer que, hoy día, tiene algo de derecho sobre mí es mi mujer.

CARMEN. ¿La única? ¡Te engañas! ¡Lo que ella te entregó por la fe que le prometiste ante jueces y testigos, yo te lo dí por amor..., fiando en tí, creyendo en el juramento que, por el nombre de Dios, me hiciste de ser mío!... A ella le unirán a ti papeles y bendiciones; a mí, un hijo tuyo, sangre de nuestra sangre y vida de nuestras vidas...; conque, engañada por engañada, ¿quién tiene más derecho sobre ti..., yo o ella?

CARA. No perdamos el tiempo en rasonamientos inútiles; ya sabes mi situación: ¿qué quieres de mí?...

CARMEN. Que dejes a esa mujer y que vengas conmigo.

CARA. *(Burlón.)* ¿Nada más que eso?...

CARMEN. ¡Nada más y nada menos, porque vengo desidida que así sea!

CARA. ¡Pues no será!... ¿Qué vas a haser?... ¿Vas a matarme?

CARMEN. ¡No lo sé!

CARA. ¡Pues hemos acabao! Bravatas no tolero yo de nadie. Ya debías conoserme y saber que por las buenas se me lleva a mí adonde se quiera, pero por las malas, yo soy más malo que el peor.

CARMEN. ¡Pérdoname, Ezequiel!... Sí, es verdad..., te habré ofendido, pero es que estoy excitada..., ¡comprende mi situasión!... Claro es que a las buenas, como siempre ha sido entre nosotros. Sí, tienes rasón..., he estado violenta..., he debido rogarte, suplicarte, haserte ver con serenidad y cariño la mala acsión que te han obligado a cometer... ¡Pero no he sido dueña de mí!... *(Le acaricia.)* ¡Quitarme a mi Ezequiel..., el padre de mi hijo!... ¡Canallas!...; ellos, los que te aconsejaron, tú no..., tu no eres malo...

CARA. ¿Lo crees tú así?...

CARMEN. ¡Yo siempre!... Allá, en el pueblo, cuando algunos, para mortificarme, me aseguraban que no volverías a cumplir conmigo, les contestaba con desprecio: «Eso haríais vosotros, que sóis gente sin corasón y sin consiensia; pero no él, ¡que es todo un hombre!» ¡Se reían de mí!... Unicamente me alentaba

a esperar y confiaba, como yo, en ti, nuestro vesino, don Eladio ¿Te acuerdas?... ¡Aquel viejito que te llamaba su orgullo!...

CARA. *(Displicente.)* Sí; ya sé.

CARMEN. Continuamente me estaba disiendo: «Descuid muchacha, que él volverá y se casará contigo, porque es bueno tú lo mereses.» Hasta cuando se resibió la notisia de tu casamie to, desía que era mentira... «Fábulas que se tejen en derred de los hombres que sobresalen.» Después, cuando ya se confi mó... *(Muy emocionada.)*

CARA. Me lo figuro. Dejemos esto y vamos a lo que int resa.

CARMEN. Como tú digas.

CARA. Una vez que te colocas en un plan razonable, vam a tratar de resolver este asunto de la mejor manera posible.

CARMEN. ¡Pero pronto!

CARA. Ahora mismo.

CARMEN. ¡Y pensar que he dudado de ti!...

CARA. Vamos a hablar con tranquilidad.

CARMEN. Dime.

CARA. Mira, Carmen: Yo no seré tan bueno como tú dises pero tampoco soy un criminal.

CARMEN. No digas eso.

CARA. Y la prueba es que voy a ocuparme de ti y de tu hijo.

CARMEN. ¡De nuestro hijo!...

CARA. Bueno, es igual. ¿Tú vas a haser lo que yo te diga?

CARMEN. Desde luego.

CARA. Muy bien. Pues verás: En el primer vapor que salga te vas a volver a Venesuela.

CARMEN. ¿Contigo?...

CARA. Sola.

CARMEN. ¡No!...

CARA. ¡Aguarda!... Sola, pero con tres mil duros que voy a darte, pa cuidar a tu hijo.

CARMEN. ¿Pero qué dises, Ezequiel?...

CARA. Que voy a darte tres mil duros. ¿Te parese poco?...

CARMEN. ¡Me parese un insulto!... ¡Ni nuestro hijo ni yo nesesitamos dinero!..., te nesesitamos a ti, ¡te queremos a ti!... ¡Maldita la hora en que se te ocurrió haserte torero; que pobre, hubieras sido sólo nuestro, y rico, la ambisión ha adormesido tus buenos sentimientos!... ¿Cómo tienes valor de ofreserme dinero, si lo aborrezco..., si es el ladrón que a mi hijo le roba su padre, y a mí el esposo?... Reflexiona, Esequiel.

CARA. Déjate de bobadas y reflexiona tú, que te he ofresido todo lo que puedo haser por ti.

CARMEN. ¡Has de separarte de tu mujer!

CARA. Porque tú lo digas.

CARMEN. Porque es tu obligasión..., ¡y yo te juro que lo ha-ás!...

CARA. ¡Puede ser que sí; pero no para volver a haser con-igo el disparate!...

CARMEN. ¿Qué dises?...

CARA. Digo que me he convensío de que las mujeres sóis como los borrachos, que al prinsipio hasen grasia, y acaban luego por ser insoportables..., y que yo estoy muy atareao, y esto se ha concluído. Conque vete a tu alojamiento, y deja al criado tus señas para enviarte el dinero.

CARMEN. ¿Pero es posible que seas tan canalla?

CARA. Ten cuidado con lo que hablas..., y considera que he podido llamarme andana, y, sin embargo, me he ofresido a pagar los desperfectos...

CARMEN. ¿Pero tú crees que la honra de una mujer se puede pagar con dinero?...

CARA. ¡Si la estimaseis tanto, no la daríais con tanta fasilidá!...

CARMEN. ¡Miserable!...

CARA. ¡Ea..., basta ya!... ¡Por ahí se va a la calle!...

CARMEN. ¡Pero yo no me voy!...

CARA. Vas a dar lugar de que me arrepienta de mi generosidad.

CARMEN. Si yo no quiero tu dinero..., ¡bandido!

CARA. ¡Mejor, así me saldrá más barato!...

CARMEN. ¡O más caro, porque si tú me robaste la honra, yo te puedo quitar a ti la vida!...

CARA. ¡Vete de una vez!...

CARMEN. ¡Contigo!...

CARA. ¡Jamás!... ¡Eso se acabó!...

CARMEN. ¡No puede ser!...

CARA. ¡No quiero verte más!...

CARMEN. ¡Ah!... ¡Pues no engañarás a otra!... *(Rápidamente saca un pequeño puñal e intenta clavárselo al «Caraqueño».)*

CARA. *(Forcejeando para quitarle el arma.)* ¡Ah!... ¡Traidora!...

CARMEN. ¡Traidor, tú!...; ¡granuja, canalla, miserable!...

CARA. ¡Suelta!...

ESCENA VI

DICHOS, el DESPLANTES y MANOLO.

DESPL. *(Por la izquierda.)* ¿Pero qué es eso?...

MANOLO. *(Por la derecha.)* ¡Ay, mi madre, qué niña!...

DESPL. ¡Pero, señora!... *(Entre el «Caraqueño» y el «D plantes» le quitan el puñal a Carmen.)*

CARMEN. ¡Bandido!...

CARA. ¡Poner a esa fiera en el arroyo!... *(El «Desplante y Manolo se apoderan de Carmen, y aunque ella se defiende cor puede, consiguen llevársela por la derecha.)*

CARMEN. ¡Cobarde!... ¡Ladrón!... ¡Criminal!... ¡Mal p pre!... ¡Socorro!... ¡Canalla!... *(Mutis.)*

CARA. ¡Estaría bueno que se dejara uno dominar por u mujer!...

ESCENA VII

ISABEL, RITA, EL «CARAQUEÑO» y PEDRITO. Entran precipitadamen por el foro, Rita, Pedrito e Isabel.

RITA. ¿Qué sucede?

PEDRO. ¿Qué ha sido, Ezequiel?...

CARA. Nada.

ISABEL. Una reclamación femenina.

PEDRO. Alguna histérica.

RITA. Alguna cándida, de las pocas que van quedando; po que las chicas de hoy día, desde que las abren las orejas, ya s saben de memoria que la que le fíe a un hombre algo más qu la conversación, hace la tolili, pero que hasta el remate de s desvencijada existencia.

PEDRO. Muchas gracias por el elevado concepto que tie nes de nosotros.

RITA. No digas tonterías, Pedrito. Yo tengo de los hom bres un concepto..., que el día que se acabasen en Europa... m iba al Muni. Ahora que eso no quita pa que a una se le hag raro esa manera de entender vuestra caballerosidad, que no o permite faltar a más palabras que a las que dais a una mujer

ISABEL. ¡Muy bien, Rita!

RITA. ¡Pero, hombre!...

PEDRO. ¡Eres filosófica!

RITA. Soy de Navalcarnero, y en Madrid me han salido los dientes..., pero tengo vista y antevista, y parpadeo lo mío, y sé discurrí.

PEDRO. Querida Rita..., noto que estás sacando los pies de las alforjas.

RITA. Pues alégrate..., que será para apearme.

ISABEL. *(Acercándose a ellos.)* Bueno, bueno, ya está bien. No vayáis vosotros a regañar ahora.

ESCENA VIII

DICHOS, EL «DESPLANTES» Y MANOLO.

DESPL. *(Por la derecha.)* ¡Chavó, con la señora!...

MANOLO. *(Por la derecha.)* ¡Josú, qué mujé...; paresía un :ntilaor repartiendo gofetás!... *(Isabel, Rita y Pedrito hacen rtulia en el lado izquierdo; el «Caraqueño», el «Desplantes» y [anolo se colocan en el lado derecho.)*

CARA. ¿Se marchó?...

DESPL. ¡Naturá!... Al prinsipio hiso una miaja de resis-nsia...

MANOLO. ¿Una miaja?... ¡Pero qué embusterísimo eres, Desplantes»! Diga usté, maestro, que nos ha puesto moraos mordiscos, patás y pescosones; y de la lengua... ¡Huy, po-res de nuestros padres!... A mí se ma agarrotó ar pescueso de na forma que llegué hasta sentir el chasquío de una vena.

DESPL. *(Señalando un jirón tremendo que lleva Manolo en chaqueta.)* Fué la americana; total, na. Si es verdá que ve-ía con unas intensiones, como pa darle que haser al forense, ero en cuanto que la he consentío y la he toreao por natura-es, disiéndola que por la brava no se saca nada de los hom-res de nuestro temperamento, y que a las buenas, ¡quién sabe que podía lograr!, ha tomao el engaño, y como a un corde-illo, la he subido en un coche y la he largao pa su domisilio, on el aquel de que lograría que fueras tú a verla. Me parese ue este quite es uno de los mejores que te he hecho en tu ida.

CARA. Se corresponderá, «Desplantes».

DESPL. Gracias. Viniendo de ti, aunque sea dinero.

CARA. Mañana la llevarás unas pesetas, pa que nadie pue-la decir que el «Caraqueño» queda mal nunca.

DESPL. *(Aparte a Manolo.)* ¡Es un cabayero!...

MANOLO. *(Idem al «Desplantes».)* ¡Como nosotros!

ISABEL. *(Acercándose.)* Amigo Ezequiel, creo que ha llega-lo el momento de que vayamos desfilando, porque después de a visita que acaba de recibir, se le ha quedado un semblante de ıonda preocupación...

CARA. ¿Quiere usted burlarse de mí?...

ISABEL. Hablo con sinceridad: está usted demudado y nues-ıra alegría, necesariamente, habría de molestarle.

CARA. Ni a mí me preocupa esa mujer ni me importa nada en este mundo mas que usté, Isabelita. Verla es mi alegría; sentirla, un temblor de goso, y pensar que pudiera desidirse a haserme feliz..., ¡eso, la dicha! Conque dejémonos de pampli-nas y ventajas, y siga la juerga, y venga vino y alegría, que de

aquí no sale usté hasta la madrugá... de dentro de seis o sie días. *(Rita y Manolo le dan una ovación.)*

ISABEL. ¡Muy bien!...

RITA. ¡Bravo!...

PEDRO. ¡Olé por los tíos flamencos!...

DESPL. ¡Ese es mi mataor!...

PEDRO. *(Abrazándole.)* ¡Eres el más grande, Ezequiel!... Tienes muchísima rasón: ¡que siga la juerga, que de aquí n se mueve nadie, no en esos días, sino en un mes, si a ti te s antoja!...

RITA. *(Aparte.)* Este pollo es el as de la gorronería.

CARA. *(A «Desplantes» y Manolo.)* Desir a esos amigos qu salgan aquí y que nos cante alguna cosa el «Bonito de Málaga»

PEDRO. ¡Muy bien pensao!...

DESPL. *(A Manolo.)* ¡Hale, tú!...

CARA. Y sacaros unas botellas de mansanilla.

DESPL. Escapaos.

MANOLO. *(Aparte a Desplantes, mientras se dirige haci el foro.)* A usté ya le ha ofresío argo el maestro, por la bronc de esa mujé; pero... ¿y a mí?...

DESPL. A ti... *(Mirándole el roto de la chaquetilla.)* ¡A t que te sursan!... *(Mutis los dos.)*

ESCENA IX

ISABEL, RITA, EL «CARAQUEÑO» y PEDRITO.

PEDRO. Tiene unas salidas por Málaga ese muchacho, qu son capaces de conmover a un usurero.

CARA. A mí, todos los cánticos españoles me conmueven y me deleitan: unos me acarisian, y otros me llegan al alma pero en todos encuentro emosión. Por supuesto, que lo que me pasa con los cantares, me ocurre con todo lo vuestro; y es que yo, aunque nasido en América, soy español por temperamento. Me gusta vuestro modo de ser, vuestras costumbres, vuestro so y vuestro sielo. ¡Esa alegría tan grande!... ¡Los toros! ¡La mansanilla!... ¡De las mujeres, no hablemos!

ISABEL. ¿Le gustan todas?...

CARA. ¡Todas!... Pero hay entre todas, una, por la que yo daría gustoso, no sólo el sielo y el sol y los toros y mi nombre..., ¡sino mi alma y mi vida!...

PEDRO. ¡Olé los tíos becquerianos!...

ISABEL. ¡Jesús!...

RITA. ¿No será por la Cibeles?...

CARA. Se llama la ingratona Isabelita.

PEDRO. No te preocupes, Ezequiel, que acabará por ir a ti de rodillas. Tú eres el mejor torero, y ésta está ya picá; que

el otro día bien te gritó con toda su alma: «¡Viva el «Caraqueño»!...»

ISABEL. ¡Y olé que sí! Pero es que Ezequiel, que como particular tiene más inconvenientes que perras gordas, como torero es mi ídolo, y cuando hace una faena como la de la otra tarde, lo mismo en la plaza que aquí, no hay más remedio que gritar: «¡Viva el Caraqueño!»

RITA y PEDRO. ¡Vivaaaa!... *(Aplauden a la vez.)*

ESCENA X

DICHOS y dos o tres muchachas jóvenes y bonitas. DON LINO, EL DESPLANTES, MANOLO y un TOCADOR y un CANTADOR flamenco.

LINO. *(Es un señor de edad, y hasta grueso y barbudo, si es posible. Entra por el foro, acompañado de las muchachas, y llevando la serviilleta prendida. Viene corriendo y al encontrarse con la ovación que le están dando al «Caraqueño», comienza a flamear la servilleta.)* ¡La oreja!... ¡La oreja!... ¡Nutrir la ovación, muchachas!... *(Las muchachas aplauden.)*

CARA. ¡Grasias, señores!... *(Cesa la ovación.)*

DESPL. *(Por el foro, seguido del tocador y el cantador flamencos.)* Pasar por aquí.

CARA. Cada uno que se siente ande quiera *(En el centro de la escena colocan dos sillas, en las que toman asiento el tocaor y el cantaor, que empiezan a templar la guitarra.)*

RITA. *(A Lino.)* ¿Pero aun está comiendo?...

LINO. Haciendo una obra de caridad: Desemparedando emparedados.

RITA. ¡A ver si le hacen daño!...

LINO. ¡Quiá!... En cuanto se ponen un poco tontos, los ahogo en vino. *(Manolo entra por el foro, con una bandeja con copas y alguna botella, que coloca en el sitio apropósito. De vez en cuando sirve y hasta bebe él.)*

PEDRO. ¡Vamos a ver lo bueno!...

DESPL. ¡Filigrana pura!...

MANOL. ¡Ay madre, qué farseta!... ¡Bestial, bestial y bestial!...

DESPL. ¡Olé por los tocaores!...

PEDRO. ¡Mucho!...

DESPL. *(Al cantaor.)* Una copla sentía, tú.

PEDRO. Por Málaga.

DESPL. *(Dirigiéndose al auditorio, al ver que el cantaor se dispone a empezar.)* Una miajita de silensio, señores.

Canta: *(Por malagueñas.)*

Ni la fiera más sarvaje,
ni el criminá más feroz,
reniegan de un hijo suyo,
cuando tienen corasón.

(Para jalear durante la copla.)

PEDRO. ¡Olé!... ¡Bien dicho!...

RITA. ¡Eso es cantar!...

LINO. ¡Mucho que sí!...

MANOL. ¡Venía pa ruiseñor!...

DESPL. ¡Y que se tenga que morir este hombre! *(Al terminar la copla, aplauden todos los personajes citados anteriormente, y las muchachas. El «Caraqueño» queda pensativo, y Manolo hace mutis por la derecha, llevando una botella vacía.)*

TODOS. ¡Muy bien..., pero que muy bien!...

CARA. Es verdad; pero que podía también haberse cantao otra cosa más alegre.

PEDRO. Tienes razón, Ezequiel.

ISABEL. *(Al «Caraqueño».)* La coplita ha sido una estocá en la yema, que disen ustedes.

CARA. ¡Bah!...

DESPL. *(Al cantaor.)* ¡A ver unos fandanguillos, hombre!...

ISABEL. ¿Pero tanto le ha afectado la copla?

CARA. Nada, pero que me parese que no debe ser el fin del que canta en una juerga buscar el modo de entristecer a los que quieren divertirse.

ISABEL. No sabe usted ni disimular.

CARA. Puede ser; pero usted se equivoca en lo que piensa.

DESPL. *(Al cantaor.)* ¡Vamos allá, niño!...

Canta: *(Con aire muy alegre.)*

Para la calle me voy,
para la calle me voy...

(No puede seguir, porque Manolo entra por la derecha como una tromba, jadeante y demostrando un temor enorme, y dice a gritos.)

MANOL. ¡Maestro... un momento!... *(Todos quedan intrigadísimos.)*

CARA. ¿Qué pasa?

MANOL. Que se vaya pa la calle..., pero que se lleve a toa esta gente...

CARA. ¿Qué dises?

MANOL. ¡Que está ahí la señorita!...

CARA. *(Llevándose aparte a Manolo.)* ¿Pero cómo?...

MANOL. ¡Su mujer, sí, señor! Llamaron, salí a abrí, y por precausión, por si era la sacuriora de marras..., atisbé por la mi-

rilla... y eran don Francisco y la señorita, y otra sombra, que a mí me paresió alguien de la justisia.

DESPL. *(Que acaba de acercarse.)* ¿Qué vas a haser?...

CARA. Ya lo verás. *(Dirigiéndose a los demás personajes, que están haciendo comentarios, en pequeños grupos.)* Señores, un momento: No pasa nada; porque en mi casa, que es sólo mi casa, no puede pasar cosa alguna que moleste a mis amigos; pero se trata de ventilar un asunto de familia, y yo les ruego a ustedes que pasen al comedor, y me consedan diez minutos para liquidar esta impertinensia.

PEDRO. ¡No faltaba más!... *(Poco a poco van desfilando hacia el comedor todos los invitados.)*

CARA. Perdone usted, Isabelita.

ISABEL. ¿Se convence usted?

CARA. Y usted se convencerá luego. *(Mutis Isabel.)*

RITA. *(A don Lino, con quien vase la última.)* Me parece que los emparedados lo vamos a ser nosotros.

CARA. *(A Manolo, por las copas y las botellas.)* Llévate eso y cierra la puerta. *(Manolo cierra la puerta del foro y hace mutis por la segunda izquierda, llevándose las botellas y las copas.)*

DESPL. ¿Pero cómo vas a salir de este atoyaero?

CARA. Como salen los hombres: ¡Dando la cara! Tú te quedas aquí, y cuando entren, les dises que les espero en el despacho. *(A Manolo, que entra por la segunda izquierda.)* Tú ve a abrir.

MANOL. *(Aparte.)* Ahora pasamos de las gofetás. *(Mutis por la derecha.)*

DESPL. ¿Pero cómo te vas a arreglar con tu mujer... y con la ropa que tiés ahí pa lavar?... *(Por los invitados.)*

CARA. No te preocupes. Mi mujer saldrá de aquí, otra vez, en cuanto hablemos sinco minutos; conmigo esas bromas de irse a casa de sus tíos no se repiten. Soy yo muy hombre. *(Mutis primera izquierda.)*

DESPL. Es un suisida. Yo le libré de la otra, pero este quite no se lo hase... ni Costillares que resusitara. *(Mirando hacia la puerta de la derecha.)* ¡Ya están aquí!...

ESCENA XI

DON FRANCISCO, DESPLANTES y MANOLO.

FRANC. *(Entra por la derecha disputando agriamente con Manolo.)* ¡Le digo a usté, que conmigo no se hase eso. A mí se me abren las puertas de par en par allí donde voy, y mucho más en esta casa, que es la de mis sobrinos.

MANOL. Cabayero, que usté está obsecao.

FRANC. Media hora hasía que nos había visto usté por la mirilla.

MANOL. ¡Le juro a usté que no!

FRANC. Ya hablaré yo con mi sobrino. *(Al «Desplantes».)* Buenas noches.

DESPL. Mu buenas, don Fransisco.

MANOL. Don Fransisco, que usté ha tenío una figurasión...

FRANC. Lo que he tenido... *(Al «Desplantes».)* ¿Pero esta quisquilla desvencijada..., ¿qué pinta aquí?

MANOL. *(Aparte.)* ¡Ah!... ¿Sí?... Pues para guasa... no estoy en casa. *(Mutis por la derecha.)*

DESPL. Es el criao que tenemos ahora, pa tó. Como los demás se largaron al día siguiente de dirse la señorita, nos trajimos éste, que era pinche de un cormao.

FRANC. Bueno, bueno. ¿Pero Ezequiel... no está en casa?...

DESPL. Sí, señó; y me ha dejao recao de comunicá a ustedes que les aspera en su despacho.

FRANC. *(Asombrado y remedándole.)* Que nos aspera...

DESPL. Sí, señor.

FRANC. ¡Pues que nos aspere muchos años! Ve y dile a ese animal que quien ha venido es gente que viene a honrarle y no a pedir mersed; así es que, aunque sólo sea por una vez, que demuestre una chispa de educasión, y que salga a resibirnos.

DESPL. Don Fransisco... a mí lo que me mandan.

FRANC. Pues ya te he mandao lo sufisiente. Ve a buscarle.

DESPL. ¡A mí lo que me mandan!... *(Mutis por la primera izquierda.)*

FRANC. ¡Anda ya!... ¡No faltaría más!... *(Se dirige hacia la puerta de la derecha y desde el dintel, dice.)* Pasad.

ESCENA XII

JOSEFINA, FRANCISCO y ALBERTO

JOSEF. *(Por la derecha, seguida de Alberto.)* ¡Ay, tío Frasquito... si usted supiera lo violento que me es obedecerle!...

FRANC. ¡No hay más remedio, Josefina! El matrimonio no es una distrasión de muchachos, para, a la menor contrariedad, arrugar el seño y decirle al cónyuge: «Ya no juego.» No; hay que tener el valor de haser fe a la palabra dada. Y, sobre todo, cuando se trata de un matrimonio como éste, en el que para nada ha intervenido el consejo de tus familiares, y sí, únicamente, tu libre albedrío; no hay más solusión que resignarse y tratar de limar asperesas, de disculpar defectos... y llevar la vida lo más agradable posible. ¿No opinas tú lo mismo, Alberto?

ALBER. Exactamente.

JOSEF. ¿Pero no creen ustedes que antes de decidirme a dar

el paso de salir de esta casa agoté todos los recursos de la resignación y la tolerancia?

FRANC. No es que lo creo, es que tengo la evidencia de que el culpable es el afamado adoquín éste; pero eso no te disculpa, ya te previne, ya tratamos de haserte desistir...

JOSEF. Esos argumentos no vienen a demostrar, sino que ustedes acertaron y yo me equivoqué... ¡y harto castigada he sido con ver caer rotas todas las ilusiones que me había forjado!...

FRANC. Bueno, menos florituras y más sentido práctico. Antes que el escándalo de una separación, hay que intentarlo todo. Yo le hablaré, él te dará su palabra de enmendarse... y la paciencia tuya, hará lo demás.

JOSEF. Es inútil, tío Frasquito. Por respeto a usted, y, quizá, con la remota esperanza de que pudiera operarse un milagro, he accedido a volver a esta casa; pero apenas he entrado en ella, acude a mi mente el recuerdo de las humillaciones y desengaños que he sufrido... y puedo asegurárselo a usted, tío Frasquito, que le engaña su buena fe. Nuestra reconciliación es un imposible.

FRANC. Eso ya lo veremos.

ESCENA XIII

DICHOS y el CARAQUEÑO

CARA. *(Por la primera izquierda.)* Buenas noches.

FRANC. ¡Gracias a Dios, hombre!... ¿Te dignas, al fin, recibirnos?...

CARA. Sin chuflas, don Fransisco. ¿Qué buscan ustés aquí?...

FRANC. Un hombre.

CARA. ¿Para qué?

FRANC. Para haserle saber, si es que lo es, que la mujer propia se merese otro trato que el que tú has dao a mi sobrina, y al mismo tiempo, para evitar que siga adelante esta locura.

CARA. ¿Locura? Pues allá ella que se largó de casa, saltándose a la torera la oposición de su marido.

FRANC. ¿Pero, por qué?...

CARA. ¿Yo voy a saberlo? Porque sería su gusto.

JOSEF. Porque no podía sufrir más vejaciones.

CARA. No tengo nesesidá de justificarme con nadie.

FRANC. Hasta sierto punto.

CARA. ¡Hasta todos los puntos habidos y por haber! Yo sé que me he portao en el matrimonio como se portan los hombres, y eso basta. ¡Los hombres!... Claro es, que si ella se había forjao la idea de que en lugar de un hombre, se unía a un lulú, para que la estuviera mordisqueando la falda, se ha equivocao; pero de eso no tengo yo la culpa.

ALBER. *(Aparte.)* ¡Qué asco!...

FRANC. ¿Ni de hacerla de menos con otras mujeres?

CARA. Mire usté, don Fransisco, y dicho sea sin faltar a nadie: el meterse a donde a uno no le llaman, suele no dar muy buen resultado.

FRANC. No sabes lo que dises.

CARA. Divinamente. Que yo, en mi casa, he hecho, hago y haré lo que me dé la gana, y mientras no surre a mi mujer o la mate de hambre, no creo que haya derecho a pedirme explicasiones.

JOSEF. *(A Francisco.)* ¿Lo ve usted?...

CARA. Así es, que si Josefina está pesarosa de la bravata que se marcó el otro día, que venga a mí, a humillarse, ¡pero solita!..., y ya veré entonses, si me conviene o no resibirla.

JOSEF. ¡Si yo no quiero volver contigo!

CARA. Entonses..., ¿a qué esta pantomima?

FRANC. ¡No disparatéis!

JOSEF. ¡Vámonos, tío!

CARA. Mejor será.

JOSEF. ¡Si no debimos venir!...

CARA. ¡Pues haberte esperao a que yo te llamara!...

JOSEF. ¡Es intolerable, tío!...

ALBER. ¡Verdaderamente!

FRANC. *(Al «Caraqueño».)* Te tenía por bruto, Esequiel, pero ¡mentira me parese que lo seas tanto!

CARA. Lo que me parese mentira, es que haya hombres que se dediquen a estos trajines de traer y llevar...

FRANC. ¿Pero, qué dises, granuja?... ¡Te he de crusar la cara!... *(Yendo hacia él.)*

JOSEF. *(Conteniéndole.)* ¡Déjelo usted, tío, si es despreciable!...

ESCENA XIV

Todos los personajes del acto.

Al terminar la anterior frase, se abre violentamente la puerta del foro, y aparecen en el dintel todos los invitados, en actitud de haber estado escuchando y ser sorprendidos por la apertura casual de la puerta, efecto de aglomeración. Permanecen irresolutos y producen la natural estupefacción a Josefina, Francisco y Alberto.

JOSEF. ¡Ah!...

FRANC. *(Al Caraqueño.)* ¿Pero esto... qué significa? ¿Has convertido en lupanar el domisilio que debió ser santuario para ti, por habitarlo tu esposa?...

CARA. He hecho lo que he tenido por conveniente.

FRANC. ¡Eres un mal nasido!

CARA. *(Levantando la voz y conteniéndose.)* ¡Si no fuera usté tan viejo!...

JOSEF. ¡Cobarde!...

ALBER. *(Acercándose a Caraqueño y cogiéndole del brazo.)* Baje esa mano.

CARA. *(Rojo de ira.)* ¡También el primito!... *(Dirigiéndose alternativamente a Josefina y Alberto.)* ¿Y esta defensa... es generosidad, o qué clase de miras lleva?...

ALBER. *(Poniéndole la mano en la cara, lo suficiente para ofenderle nada más.)* ¡Canalla!...

TODOS. ¡Ay!...

CARA. *(Buscándose un arma.)* ¡Ay, mi sangre!... *(Avanzan los invitados y rodean al Caraqueño. El Desplantes y Manolo, que acaban de entrar por donde últimamente hicieron mutis, se unen al grupo.)*

PEDRO. ¡Ezequiel!... ¿Qué vas a hacer?...

MANOL. *(Sujetándole.)* ¡Que se pierde osté, maestro!...

JOSEF. ¡Vámonos, tío, que no puedo más! *(Se dirige hacia la derecha.)*

CARA. ¡Me ha pillao usté sin armas!

ALBER. Descuide, que no he de hurtarle la ocasión de vernos frente a frente. *(Acercándose a él y casi confidencialmente.)*

CARA. ¿Mañana mismo?...

ALBER. Mañana. *(Se dirige hacia la puerta de la derecha, en cuyo dintel están Josefina y Francisco; se une a ellos.)*

TELÓN

Nota:

Donde sea materialmente imposible encontrar un cantador de flamenco, puede sustituirse por un actor y adelantar la entrada de Manolo al momento en que empieza la segunda copla, suprimiendo, como es natural, la primera y todo el diálogo que gira a su alrededor.

ACTO TERCERO

El mismo decorado del acto primero, con algunas variaciones en la disposición escénica.

ESCENA PRIMERA

ARACELI y ANTONIO. Al levantarse el telón, Araceli junto a la puerta de la izquierda, mira hacia el interior; Antonio está en el centro de la escena, con un periódico en la mano.

ANTON. A ver si bajan.

ARACE. No tenga osté cuidao; lea, lea, señó Antonio.

ANTON. Fíjate. *(Enseñándole el periódico.)*

ARACE. Pero, ¿viene retratao? ¡Josú..., y qué bien está de torero!...

ANTON. Está bien de to, menos de vergüenza, er grandísimo charrán éste.

ARACE. ¡Valiente partía serrana que la ha jugao a la señorita!

ANTON. ¡Asín le dé el toro una corná que le entre el pitón por una nalga y le atraviese la montera!...

ARACE. *(Señalando el periódico.)* Pero, ¿qué dise aquí, señó Antonio?

ANTON. *(Después de mucho mirar.)* Aquí dise...

ARACE. Pero..., ¿no sabe usted leer?...

ANTON. ¡Y hasta multiplicá!... Pero es que hay muchas mayúsculas, y las mayúsculas de imprenta, cuando estoy nervioso, es que se enrean unas con otras, de tal forma, que, en lugá de un letrero, lo que veo yo aquí es una valla.

ARACE. ¡Pues nos hemos lusío!

ANTON. No, porque lo que dise me lo sé de memoria, y es lo que sabemos tos. *(Como si leyera.)* «Retrato del charrán de Ezequiel el «Caraqueño»...

ARACE. ¿Le dise charrán?...

ANTON. Se les ha orvidao, por eso lo pongo yo... *(Haciendo que lee.)* «que acaba de contraer matrimonio en Caracas, que es donde ha nasío, ¡mardita la farta que hasía!..., con la señorita no sé cuántos, hija de no sé quién, con la que se va a dir a a vivir a España. Como se recordará, este malísimo torero...»

ARACE. ¿Le dise malísimo?

ANTON. No, pero se lo debía desir. *(Reanudando la fingida*

lectura.) «Este malísimo torero contrajo matrimonio resientemente con una distinguida señorita madrileña, de quien tuvo que separarse por incompatibiliá de caracteres, y por ser er granuja más granuja que ha nasío de madre.»

ARACE. ¡Josú!...

ANTON. To esto, lo añado yo, pero es una lástima que no lo ponga er papé. ¡Lo que habrá pasao esa creatura al lao de ese sopenco!...

ARACE. Y menos mal que se ha repuesto, porque con lo malísima que ha estao la probe señorita, yo ya creí que la diñaba.

ANTON. Y no era pa menos, que la impresión que se llevó er día que don Francisco y ella fueron a Madrid, pa reconsiliarse, fué como para quitar el hipo a un elefante. Llegar a su casa con la emosión que era natural, y encontrarse con que el serdo ese, ¡mardito sea su hígado!... tenía convertío el domisilio en un muladar...

ARACE. ¡Ah!..., ¿sí?

ANTON. Allí se le encontró rodeao de amigotes, tos borrachos y de señoritas de esas..., ¡cómo te diría yo!... ¡Ah, sí..., de esas del honó distraído...

ARACE. ¡Josú!... ¡Cómo se pondría la señorita!...

ANTON. Pues entoavía prinsipió a insultarla a ella y a don Francisco, hasta que se hartó el señorito Alberto, que les acompañaba, y le contestó lo que era lugá, dándole dos o tres gofetás..., muchas menos de las que se meresía...

ARACE. Se desafiaron, ¿verdad?...

ANTON. Sí, se desafiaron; pero se conose que el «Caraqueño» se creyó que era a correr, y no se le golvió a ver más er pelo.

ARACE. Parese mentira que quee tan mal un torero como él, tan valiente...

ANTON. ¡Pero ese qué va a ser torero ni valiente, ni ná!... Ese ha sío, y es, un ídolo farso. En el toreo, como en to lo que sea trabajo personal, que lo ha de jusgá el público, lo corriente es que gusten más los mejores, y que lleguen arriba los que más valen; pero asín como hay artistas con más való que aquellos que llegaron, y que, sin embargo, naide conose, porque su mala estrella no les ofresió la ocasión de darse a conoser, y si lo hiso fué de mala forma, hay también otros gachós que, sin saber cómo, ni por qué, y sin llevá na dentro, le caen a la gente en grasia, y éste, porque es chato, y el otro, porque tié una tía coja, y el de más allá por ser gangoso..., er caso es que comiensan a subir a subir, y aunque por dentro son mu malos, consiguen llegar a donde no alcansaron otros infelises de más mérito que, abandonaos de la suerte, fueron cayendo por el camino, dejándose en las sarsas de la lucha... sus esperansas, sus ilusiones, su vía entera... Claro es que esos ídolos farsos, serán como yo digo, los ahijaos de la

suerte pero artistas... ¡nunca!... Y eso le pasa a «Caraqueño» ¿Ahijao de la suerte?..., bueno. ¿Pero artista?... ¡No, no, y no! desde aquí a Segovia pasando por Buenos Aires...

ARACE. ¡Josú..., y lo que sabe!... No creí yo que se le ocurriera a osté estas cosas.

ANTON. Y has asertao; porque esto, aunque yo pienso igual, lo he leído en «Er testuz».

ARACE. ¿En er testuz de quién?

ANTON. ¡Animal!... «¡Er Testuz», es un semanario taurino que se publica en Jaén ca quinse días...

ARACE. ¡Ya!... Bueno, diga osté, ¿pero cómo ha podido casarse el «Caraqueño» con otra mujer, viviendo la señorita?

ANTON. Porque se desapartaron, y una ves libre, pues se casó con otra mujer, con quien ya tenía un crío.

ARACE. Entonces, la señorita, si quiere casarse con otro...

ANTON. No puee.

ARACE. ¡Ah!... ¿Las mujeres no?

ANTON. No seas soqueta, mujé. No pué casarse con otro, porque en España no está aprobao er divorsio, como en el país de ese hombre. ¿Te enteras?...

ARACE. Sí. ¡Pero que siempre nos ha de tocar bailá con la más fea!...

ANTON. Por lo que hase a la señorita Josefina, bastante la importa que pudiera casarse con otro, cuando lo que piensa, según disen, es meterse monja.

ARACE. ¡Mia si pudiera casarse con su primo!...

ANTON. ¡Ah!..., ¿sí?...

ARACE. Pero, ¿osté no lo ha tañao?...

ANTON. ¡Antes que tú!...

ARACE. ¡O después!...

ANTON. *(Levantando la voz.)* ¡O antes!...

ARACE. *(Lo mismo.)* ¡O después!...

ANTON. *(Cada vez más fuerte.)* ¡He sío el primero!...

ARACE. ¿El primero osté?...

ANTON. ¡El primero yo!...

ARACE. ¿El primero osté?...

ANTON. ¡El primero yo!...

ESCENA II

DICHOS, DON FRANCISCO y ALBERTO.

FRANC. *(Entra por la derecha acompañado de Alberto.)* Pero, ¿qué escándaol es ese de... ¡Primero yo!... ¿Primero osté?...

ANTON. Na, don Francisco, que... al ir a salir por esa puerta *(La del foro izquierda.)* nos tropesamos... y, lo natural..., que primero osté, que primero yo..., educasión na más, don Francisco.

FRANC. Pues para otra vez, poneros sordina en la educasión, rque se os oía desde la plasa.

ANTON. Sí, señó. *(Araceli y Antonio hacen mutis por el foro uierda, al llegar al dintel se invitan mutuamente a pasar priero, hasta que Antonio amenaza a Araceli, saliendo ella corrien-, y él detrás.)*

ESCENA III

FRANCISCO y ALBERTO.

FRANC. Veremos si don Miguel consigue hacer desistir de su opósito a Josefina.

ALBER. ¡Difísil es que un sacerdote aconseje en ese sentido!

FRANC. Don Miguel, a la par que un sacerdote virtuoso, es hombre leal, de espíritu elevado, que siempre supo haser honor su palabra, y ya tú ves lo que en prinsipio nos ha dicho.

ALBER. ¡Como que constituye un disparate lo que proyecta osefina!...

FRANC. Eso creemos todos; pero si ella se empeña, ¿qué vaos a haser? Igual pasó cuando el matrimonio: Todos nos opumos... Tía Visitación, ya sabes el proyecto que tenía... y, sin nbargo, ¿qué? Pues que dijo allá voy, y no hubo fuerza huana que la detuviera. Ahora le pesa, comprende los rasonamienos que se le hasían... pero cuando ya no tiene remedio.

ALBER. Eso es lo terrible, lo espantoso, lo intolerable..., que o haya remedio... ¿Por qué no ha de haberlo?... ¿Por qué?...

FRANC. Pues porque no lo hay ¡más sensillo!

ALBER. De modo que un error que cometieron dos personas, ına, él, lo enmienda, rehace su vida, y puede ser feliz; y en camio, ella, precisamente la víctima, la que perdió en el engaño, ondenada a perpetuidad, al sufrimiento, a la soledad, al abandoıo... No, no; ni es justo, ni equitativo, ni moral, ni siquiera ıumano.

FRANC. No lo será, pero no hay más remedio que resignarse. La nulidad de un matrimonio no es cosa fásil de lograr.

ALBER. Pero si éste ya es nulo de hecho, ¿por qué no ha de serlo de derecho?

FRANC. No divagues, Alberto.

ALBER. ¿Cómo divagar?... ¿Qué estado civil es el de Josefina actualmente?

FRANC. Separada de su marido.

ALBER. De su marido, no...; ¡del marido de otra mujer!...

FRANC. Mira, Alberto, esta discusión a que quieren llevarnos tus sentimientos hacia Josefina, es tan improcedente como inútil. El divorcio no está estatuído, yo no sé si afortunada o desgraciadamente, y nosotros no vamos a implantarlo, por mucho

que discutamos; así es que dejemos esto y vamos a lo interes te, que es tratar de conseguir que Josefina no profese, porc aunque ella piensa otra cosa, el consuelo para su aflicción está en otra parte que al lado de sus tíos. Y tú... no aumen nuestra tortura con esas constantes demostraciones de sufrimi to. Desecha ese imposible, pon el pensamiento en alto y acalla pasión, que, en definitiva, muchacho, los grandes cariños de e vida, no lo son sino cuando se traducen en generosidades, abnegación y en sacrificio.

ALBER. Yo no soy santo, tío Francisco; soy hombre.

FRANC. Así tendrá más mérito el que logres dominarte.

ESCENA IV

DICHOS y VISITACIÓN.

VISIT. *(Entrando por la izquierda.)* ¿Qué ha dicho el Pad Miguel?

FRANC. Que vendrá. ¿Y Josefina?

VISIT. No se opone a escuchar sus consejos, puesto que nuestro gusto, pero advirtiendo, de antemano, que no ha de s guirlos si trata de modificar su resolución.

FRANC. ¡Muy bien! Esa manera de admitir consejos, no pu de ser más femenina.

VISIT. Está irreductible. Alberto, hijo. ¿Quieres subir acompañarla?

ALBER. Con mucho gusto. Hasta ahora. *(Mutis por la i quierda.)*

ESCENA V

VISITACIÓN y FRANCISCO.

VISIT. Tengo un presentimiento, Frasquito.

FRANC. ¿Sobre...?

VISIT. Sobre lo que le sucede a nuestra sobrina. Más qu sentimiento, es una suposición bastante fundada.

FRANC. Tú dirás.

VISIT. Que no es la separación de su marido lo que la im pulsa a desear recluirse en un claustro, sino la imposibilidad d casarse con otro hombre.

FRANC. ¿Con Alberto?

VISIT. Precisamente. Ya recordarás que, durante los trámite de la separación, y aun después de la enfermedad que le acarre tantos sobresaltos y tan amargos sinsabores, aun dentro de su aflicción, conservó una serenidad verdaderamente insospechada Lejos de ser nosotros los que tuviéramos que consolarla, era ell quien, al vernos abatidos y contristados, se acercaba a nosotro

rataba de animarnos, haciéndonos creer, con sus caricias, que apartamiento de aquel hombre, más que otra cosa, era la liación de su cariño, que así podría ser sólo nuestro.

FRANC. Es verdad.

VISIT. No hablaba entonces de ser monja, no pensaba en reírse...

FRAN. Verdad que no.

VISIT. Y ahora sí. Pues ello no puede tener otra explicación onable que lo que yo pienso: Que influenciada por el carác- de Alberto, por la solicitud con que la ha atendido durante su fermedad...

FRANC. Se ha enamorado de él.

VISIT. *(Continuando.)* Ha comparado a su primo con el otro, comprendido a Alberto... y la imposibilidad de una rectifican es lo que la induce a huir del mundo, definitivamente.

FRANC. Es muy posible.

VISIT. Es seguro; tanto como que Josefina y Alberto hubien hecho una gran pareja, si no se hubiera puesto por medio fantoche del Caraqueño. ¡Esto es lo que tenemos que agradecer tus aficiones taurinas!...

FRANC. ¡Pero mujer!..., ¿me vas a echar a mi la culpa? estaba de ser, hubiera sido, aunque fuera yo el presidente de Sociedad Protectora de Animales. Además, sabes que, lo mismo te tú, me opuse a ese matrimonio, que traté de hacerla desis-, y que me hubiera paresido de perlas que Josefina se hubiera sidido por Alberto. No fué así ¿Yo que iba a haserle? Ahora sulta que ella comprende los razonamientos que se le hisieron, hasta siente que no fuera lo que pudo ser... Pues últimamente...

VISIT. ¿Qué?...

FRANC. No, nada; iba a desir un disparate.

VISIT. ¿Y no habría un medio de conseguir la invalidez e ese matrimonio?

FRANC. Eso es más difísil que sentensiar un pleito a gusto e las dos partes.

VISIT. Pues algo hay que hacer... Intentarlo..., suplicar..., onvencer Josefina... Todo, menos que se vaya de nuestro lado.

FRANC. Difisilillo va a ser..., me parese.

ESCENA VI

DICHOS y EL PADRE MIGUEL.

MIGUEL. *(Por la derecha.)* ¿Se puede?

VISIT. Adelante, Padre Miguel...

MIGUEL. Buenos días.

VISIT. Muy buenos. Ya le habrá dicho mi hermano...

MIGUEL. Sí, señora.

VISIT. Supongo que vendrá usted dispuesto a decir a Jo fina que su propósito de profesar es una locura.

MIGUEL. Si no tiene vocasión...

VISIT. No la tiene, Padre Miguel.

MIGUEL. Entonses, desde luego. Pero hablaré con ella. ¿E arriba?

VISIT. Si le es a usted igual, como está con Alberto, su remos nosotros, y con cualquier pretesto se la enviaremos.

MIGUEL. Como ustedes dispongan.

VISIT. Hasta ahora, entonses. ¿Vamos, Frasquito?

FRANC. Vamos. *(Aparte.)* ¡Si acabaré yo por ser antita cómaco?... *(Mutis por la izquierda Visitación y Francisco.)*

ESCENA VII

ARACELI, EL PADRE MIGUEL y ANTONIO.

El padre Miguel se sienta en el primer término; por el foro i quierda entran Araceli y Antonio, que vienen disputando.

ARACE. Déjeme osté a mí.

ANTON. Yo se lo explicaré mejor.

ARACE. Es que yo quiero...

ANTON. *(Impidiéndole el paso.)* ¡Que no, te digo!...

ARACE. ¡Y yo a osté que sí!...

ANTON. ¡Lo veremos!

ARACE. ¡Lo veremos! *(Echan a correr hacia el Padre Mi guel, y el llegar se arrodillan cada uno a un lado del sacerdot que queda estupefacto.)*

ARACE. ¡Padre Miguel!

ANTON. ¡Padre Miguel!

MIGUEL. ¿Qué ocurre?

ARACE. ¡No se asuste!... ¡Escúcheme osté, Padre!

ANTON. Escúcheme osté a mí.

ARACE. ¡Lo mío es un secreto muy grande!...

ANTON. ¡Y lo mío es un secreto de confesión!

ARACE. Es la misma cosa, pero yo la sé mejor...

ANTON. Embustera...

ARACE. ¡Envidioso!

ANTON. ¡So chismosa!

ARACE. ¡Carcamal!

MIGUEL. ¿Pero qué va a ser esto?

ARACE. Perdone osté, padre. *(A Antonio.)* ¡Pero que esca sismo estás de educasión!

ANTON. ¡Y tú de vergüensa!

MIGUEL. ¿Pero es que no os váis a callar?

ARACE. ¡A ver cuándo quiere osté! *(A Antonio.)*

ANTON. ¡A ver cuándo se te antoja a tí!...

MIGUEL. *(Levantándose.)* Bueno, hijos míos, ya os pondréis
acuerdo.

ARACE. ¡Padre, por Dios..., que es una cosa muy gravíma!...

ANTON. ¡Lo más gravísimo de lo gravísimo!...

MIGUEL. *(Sentándose de nuevo.)* Pues habla tú... *(A Arali.)*, pero levántate. *(Se levantan los dos.)*

ANTON. ¡Por fin ella primero!...

MIGUEL. ¡Naturalmente!; las señoras meresen siempre la referensia.

ANTON. ¿Para los curas también?

MIGUEL. Para todo el mundo. ¡Cállate ya!

ARACE. Mire osté, Padre Miguel. Nosotros sabemos que iene osté a hablar con la señorita Josefina, porque ella dise que uiere meterse monja, y nosotros sabemos, también, que aunque dise, no es eso lo que ella quiere. ¿Me entiende osté?

MIGUEL. ¡Ni una palabra!

ANTON. ¡Natural!... ¡Si no sabe explicarse! Lo que nostros queremos desirle a osté, Padre Miguel, es que nos costa ue la señorita Josefina y su primo don Alberto se quieren a abiar, y sería una herejía el que ella ahora se metiese monja, orque a los tres días le iba a estar pesando tanto como er marimonio con el Caraqueño; y ya que haiga cometío un yerro, ue no vaya a enmendarlo con otro mayor. ¡Na más que eso!

ARACE. Es lo mismo que yo le desía a osté antes, Padre Miguel.

ANTON. Igual, igual, sino que hablao en moro.

ARACE. ¡Hablo más claro y mejor que osté!...

ANTON. ¡Vaya... y que no presumimos ni ná!

ARACE. ¡Pero si osté!...

ANTON. *(Amenazador.)* ¿Qué?

MIGUEL. *(Interponiéndose.)* ¡Basta, hijos míos! *(A Araceli.)* Tú, ¿has terminado ya de fregar?

ARACE. ¡Don Miguel..., si no es hora!...

MIGUEL. Pues, anda pa la cosina a esperar que llegue. *(Araceli hace mutis foro izquierda.)* Y usté me va a haser un favor, señor Antonio.

ANTON. ¡Digo!...

MIGUEL. No hablarme más de este asunto, y en cuanto baje la señorita Josefina..., buscarse un quehaser, lo más lejos posible de esta habitasión, si no le molesta.

ANTON. Don Miguel, dicho con educasión, no le molest a uno ni que le llamen animal.

MIGUEL. Pues ande ya.

ANTON. *(Dirigiéndose hacia el foro, y aparte.)* ¡Rasón tení mi agüelo!... «La fruta cuando maúra..., y en ningún tiemp los curas...» *(Mutis.)*

ESCENA VIII

JOSEFINA y EL PADRE MIGUEL.

JOSEF. *(Por la izquierda.)* Buenos días, Padre Miguel.

MIGUEL. Hola, hija. Siéntate aquí.

JOSEF. Lamento sinceramente que mis tíos le hayan encargado a usted esta ingrata misión... *(Respondiendo a un gesto de Padre Miguel.)* ingrata, sí; porque, por mucho que sea su talento y grande mi respeto hacia usted, resultarán inútiles todos sus esfuerzos, puesto que mi decisión es irrevocable.

MIGUEL. Ni yo me he comprometido a convencer a usté de que no lleve a cabo su propósito, ni de mis pobres dotes polemistas podía esperarse tal resultado. Unicamente, accediendo gustoso a ruegos de sus tíos, me he prestado a celebrar con usted esta entrevista para permitirme darle unos consejos y hacerla algunas advertencias amistosas sobre el acto que trata de realisar, confiando en que se dignara usted escucharme, y sin otra finalidad que llevar a su espíritu un rayito más de luz, para que, en definitiva, proseda como le dicte su consiensia.

JOSEF. Muchas gracias, Padre Miguel. ¡Cuánto ha de contrariarme no poder seguir sus consejos!

MIGUEL. Nos dejaremos ya de exordios. ¿Le molestaría a usted que la interrogara?

JOSEF. De ninguna manera.

MIGUEL. ¿Por qué quiere usted profesar?

JOSEF. Porque no puedo vivir ya en el mundo.

MIGUEL. ¿Será inconveniente preguntar por qué?

JOSEF. Ya conoce usted mi desgracia, Padre Miguel... Toda mi vida puesta en una ilusión, que, al desvanecerse en fuerza de sufrimientos y sinsabores, ha llevado a mi alma una amargura infinita. Mi vida está deshecha; no tengo ni esperanzas de redención..., no podría aceptarla dignamente, aunque se me ofreciera... Sólo me resta sufrir y sufrir ya para siempre..., y desconfío de mi voluntad. Temo que un día pudiera sentir el deseo de rehacer mi vida ¡como fuese!..., y no quiero que mi conducta haga nunca sonrojar a nadie. Comprenderá usted ahora lo razonable que es mi decisión.

MIGUEL. Antes lo presentía; ahora tengo la evidencia de que si tal hace, cometerá una equivocasión.

JOSEF. ¿Y puede aconsejar así un sacerdote?

MIGUEL. Y si no, no cumple con su deber. A abrasar ese estado de tan alta perfecsión, no deben llegar más que aquellos elegidos, que con el espíritu sólo en Dios y desposeídos de toda preocupación terrena, buscan en el confinamiento una forma de ofreser en holocausto al Todopoderoso el renunsiamiento de sus vidas, no para provecho propio, sino para bien de la humanidad. Ellos sí, les guía la fe, y bien hasen en seguir ese camino; pero los que se asercan a tomar ese estado por despecho, por comodidad, por cobardía, por vagansia tal vez, por huir de la miseria o del dolor, dejando abandonados otros más sagrados deberes..., esos, más que religiosos, son enemigos de la religión, y quienes les alienten, amparen y aconsejen a sabiendas de que tan hasen, no pueden llamarse ministros del Señor.

JOSEF. ¿Y usted cree que el despecho es lo que a mí me impulsa a profesar?

MIGUEL. Precisamente.

JOSEF. Pues se equivoca usted, Padre Miguel, y para convencerle, voy a hablarle con toda claridad, confiando en su doble condición de sacerdote y amigo. No me guía el despecho. Había aceptado mi desgracia, que es culpa mía exclusivamente, y no sólo estaba resignada, sino que hasta creí poder ser feliz al lado de mis tíos. Pero...

MIGUEL. Siga.

JOSEF. Sí, es necesario...

MIGUEL. *(Viendo que no se decide.)* Diga..., diga...

JOSEF. Si es que...

MIGUEL. Vamos, Josefina...

JOSEF. ¡Padre Miguel!... *(Haciendo un gran esfuerzo y con mucho rubor.)* ¡Estoy enamorada de mi primo Alberto!...

MIGUEL. *(Con mucha naturalidad.)* ¡Dios mío!

JOSEF. Antes de mi matrimonio, ya me había requerido, pero yo juzgaba su sentimiento una exaltación del afecto fraternal que desde niños nos hemos profesado, y traté de disuadirle... Creí hasta que le había convencido, porque él, viendo la ilusión que yo tenía por otro hombre, hizo el sacrificio de asegurármelo. Pero más tarde, cuando en las horas de soledad, meditando sobre mi desventura, viendo mi vida deshecha, acudía a mi recuerdo el nombre de mi primo... ¡No sé, Padre Miguel, no sé!... Y luego, de nuevo en casa de mis tíos, la convivencia, la ternura de su trato, ¡su cariño que no pierde ocasión de ofrecérseme!..., me han hecho comprender cuán grande ha sido el error que cometí

rechazándole... ¡Sí, Padre Miguel, sí: quiero a mi primo lo quiero con la pasión del que adora un imposible!...

MIGUEL. ¡Pobre muchacha!...

JOSEF. ¡Comprenderá usted ahora con cuánta razón trato de refugiarme en un convento!

MIGUEL. ¡Menos que nunca!

JOSEF. ¿Pero, es que legalmente podemos ser el uno del otro, aunque él sea libre y yo la mujer de un hombre que tiene otra esposa?

MIGUEL. No.

JOSEF. Entonces... ¿qué recurso me queda?

MIGUEL. Tener valor, sufrir, dominarse.

JOSEF. ¡No puedo, padre!... Mi voluntad no es freno suficiente..., ¡y yo no quiero ni puedo ser una mujer que abochorne a su familia! No tengo más remedio que profesar.

MIGUEL. *(Levantándose.)* ¡Hija mía, con toda lealtad, le aconsejo que no haga tal cosa! No tiene usted ni la más leve vocasión.

JOSEF. Necesito defenderme...

MIGUEL. Defiéndase, pero sin recurrir a ese medio. Sepárense..., viaje..., váyase de aquí...

JOSEF. ¡Es imposible, Padre Miguel! Quiero a Alberto con toda mi alma, y estoy segura que, de no encerrarme en un convento, llegará un día en que, arrastrada por la pasión, pensaré que es injusto condenarme a ser desgraciada eternamente, y arrollando convencionalismos, escrúpulos y miramientos, me iré hacia él para decirle: «¡A querernos..., y que piense lo que quiera el mundo!»... ¡Y esto no debe ser!... ¡Yo comprendo que no debe ser, yo no quiero que sea, Padre Miguel!...

MIGUEL. ¡Hija mía, vistiendo estos hábitos, forzosamente he de limitar mi consejo a que no debe usted profesar de ninguna manera!

JOSEF. Pero...

MIGUEL. He dicho cuanto podía desir. Buenos días. *(Mutis por la derecha.)*

JOSEF. ¡Dios mío!... *(Se deja caer sobre una silla, sollozando.)*

ESCENA IX

JOSEFINA y ALBERTO.

ALBER. *(Entra por la izquierda y se acerca a Josefina.)* ¿Lo ves?

JOSEF. Soy la más desgraciada de las mujeres.

ALBER. Sufres por tu obstinación.

JOSEF. Porque tengo conciencia de mi deber.

ALBER. Te equivocas, Josefina; tu tranquilidad no está en el fondo de una celda: está junto a mí, en nuestro cariño. Descha esas preocupaciones que crees montañas y son apenas granos de arena, y vamos a vivir felices. No serás mi mujer, pero serás mi compañera, mi colaboradora, mi guía.

JOSEF. No me hables así.

ALBER. ¿Pero no me quieres?

JOSEF. Con toda mi alma. La mitad de los años que tengo de vida, daría con gusto por poder pasar el resto junto a tí, pero como es debido, legalmente, siendo tu esposa, no una manceba.

ALBER. No digas disparates, Josefina. Ya legalizaríamos nuestra situación, si no en España, donde pudiéramos.

JOSEF. Hay una ley que cierra todos los caminos a ese deseo.

ALBER. ¿La de tu matrimonio?

JOSEF. Sí.

ALBER. La ley que no ampara, no obliga tampoco. Si la ley que te liga a ese hombre no basta a impedir que él se haya unido a otra mujer, ¿qué respeto merece esa ley?

JOSEF. El haber sido dictada en nombre de Dios.

ALBER. No profanes el nombre de Dios, Josefina. Dios está en todas partes... Está en el país de tu marido, como lo está en el nuestro... Pero los juicios de Dios no tienen aceptación universal, porque son los hombres quienes los interpretan, y los hombres no piensan igual en todas partes.

JOSEF. Eso es desatinar, Alberto. Mientras viva ese hombre, nuestro amor es un imposible.

ALBER. ¿Aun después de casado con otra mujer?

JOSEF. Mientras viva.

ALBER. Entonces le mataré.

JOSEF. Calla.

ALBER. Y ya que no puedes ser, contra la ley, la esposa de un hombre honrado, serás, legalmente, la mujer de un asesino.

JOSEF. No nos atormentemos más, Alberto..., que las fuerzas me abandonan. Es inútil cuanto hablemos, Dios sabe con cuánto dolor de mi alma y lo que sacrifico..., pero no tengo más remedio que refugiarme en un convento.

ALBER. Eso es una cobardía.

JOSEF. Es un sacrifioio.

ALBER. Sacrificio estúpido, cruel.

JOSEF. No, Alberto: es poner un dique a la tentación.

ALBER. ¿Y por qué no dejarse guiar de nuestros sentimientos?

JOSEF. Porque mi conciencia de mujer cristiana me dice cla-

ramente que el único consuelo a mi aflicción está en el ejercicio de las virtudes cristianas, en la resignación, en el sacrificio, en el renunciamiento.

ALBER. Esos son atavismos que hay que demoler.

JOSEF. Te juro por la gloria de mis padres que no me he de separar del camino que me he trazado.

ALBER. Porque no me quieres.

JOSEF. Me destrozo el corazón, pero salvo nuestras almas.

ALBER. Comprendo la inutilidad que sería insistir después de esas palabras, y te dejo. Adiós para siempre.

JOSEF. Adiós.

ALBER. ¿Tendrás la fuerza de voluntad suficiente para renunciar a este amor?

JOSEF. La tendré.

ALBER. Adiós.

JOSEF. ¡Ah!... ¡Ah!...

ESCENA X

DICHOS, VISITACIÓN, DON FRANCISCO y ANTONIO.

FRANC. Pero muchachos.

VISIT. Hija mía.

JOSEF. Pronto..., tía Visita..., lo más pronto posible llevarme el convento, antes de que la tentación acabe de apoderarse de mí.

VISIT. ¡Pobre hija!...

JOSEF. Soy muy desgraciada.

FRANC. ¡Y que no haya una manera de arreglar esto!...

ANTON. *(Avanzando desde el foro izquierda, donde ha estado presenciando parte de la escena.)* Si uno de los señoritos fuese hijo mío, o me hasía el Gobierno una ley pa dentro de unas horas, o me la hasía yo mismo, y a vivir a gusto.

FRANC. Y puede que hicieras bien.

ANTON. Digo. Si esto ya lo desía mi agüelo, y por malagueñas na más:

No hagas caso de que digan,
y sigue tus sentimientos,
que ná vale en esta vida
lo que un querer verdadero.

TELÓN


EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID